
CIENCIA
FICCIÓN
CHANTAJE
a la
TIERRA
CLARK CARRADOS
CORTIELLA

CLARK CARRADOS

Chantaje a la Tierra

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 28.426 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 -
Barcelona

CAPÍTULO I

Andy Morini se sentía de muy mal humor aquel día. Tenía mala suerte.

Dos veces había intentado apoderarse de sendas carteras y otras tantas veces había fracasado. En la primera de ellas, la víctima, cuando ya estaba «a punto», en opinión de Andy, había echado a andar inesperadamente, frustrando así sus deseos de conseguir una mejoría económica a costa ajena.

En la segunda ocasión, había sido el sargento Burnett, viejo «amigo» suyo, quien le había frustrado el acceso a la propiedad de otro. Andy había tenido que salir por piernas —en eso sí que ganaba al sargento, pero no en astucia y zorrería—, y aun había tenido que felicitarse de que Burnett no estuviese a la distancia suficiente para ponerle las esposas.

Como consecuencia de sus fracasos, Andy se sentía de muy mal humor. Había salido a «trabajar» y volvía con los bolsillos vacíos, Linda le iba a armar un escándalo que se oiría hasta en la frontera canadiense.

Andy temía a Linda, pero también estaba loco por ella. Es preciso reconocer que Linda tenía mucho que admirar, pero igualmente tenía un genio de todos los diablos. Aquellos dos sentimientos encontrados, cariño y temor, hacían que Andy se sintiese de un humor infernal.

El sargento Burnett estaba lo suficientemente lejos como para no temerle ya. Andy se hallaba en las inmediaciones del lugar donde había estacionado su coche. Dudó si volver a casa o esperar un poco

más, para ver si se presentaba una nueva ocasión de hacerse con algún dinero.

Porque lo malo del caso era que si se retrasaba demasiado, Linda gritaría también. «A saber dónde habrás estado. Seguramente, con alguna fresca, que te habrá sacado los cuartos…» Andy se estremeció. «¡Brrr…! Es que no acierto nunca con Linda», pensó.

La retirada le había dejado la boca seca. Pasó por delante de un bar y especuló consigo mismo sobre la posibilidad de tomarse una cerveza bien fría.

De pronto, vio algo que llamó su atención.

Había un atildado caballero en pie, junto a la barra, tomando una bebida. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, de pelo gris en las sienes y porte muy distinguido.

«Un auténtico hombre de negocios», pensó Andy.

Al pie del caballero, a su derecha, había una cartera de cantos dorados. Los perspicaces ojos de Andy captaron inmediatamente aquella cartera.

En cierta ocasión se había llevado una muy parecida. Encontró dinero y documentos. Los documentos eran reservados y, reservadamente, le pagaron cinco mil dólares por recuperarlos. No le hicieron ninguna pregunta ni le tendieron ninguna trampa ni la policía supo nada.

«Ahora podría ocurrir lo mismo», se dijo.

Entró en el bar y se situó junto al caballero. Cuando llegó el mozo, le pidió una cerveza.

—Al momento, señor —contestó el camarero.

Andy era maestro en algunas cosas. Y conocía más de un truco.

Sacó un paquete de tabaco y se puso un cigarrillo entre los labios, después de haberlo elegido cuidadosamente. Luego, con la mejor de sus sonrisas, se volvió hacia su Vecino:

—¿Tiene fuego, caballero, por favor?

El otro se volvió, con un encendedor en la mano.

—No faltaría más —accedió amablemente.

Andy encendió el cigarrillo y lanzó la primera bocanada de humo hacia la cara del caballero, aunque de un modo discreto. Luego sonrió, para darle las gracias.

El caballero volvió a su posición normal, frente a la taza de café que estaba tomando. Andy le observó con el rabillo del ojo.

Vagamente oyó las conversaciones de dos individuos que estaban al otro lado del dueño de la cartera de mano.

—Ese tipo está loco, te digo que loco de remate.

—Los que están locos son quienes le toman en serio. Vamos, eso no se lo cree ni un chiquillo de pecho. Mil millones por no volar el planeta. Te digo que hay cada chiflado…

—La chifladura consiste en creer que el gobierno le pagará esos mil millones, créeme.

Andy no hacía caso de aquel diálogo. Pasados treinta segundos, vio que el caballero se quedaba quieto, sin abandonar su postura.

Sabía lo que estaba pasando. El cigarrillo contenía droga. Durante un minuto, la persona que había inhalado el humo permanecería ausente de cuanto le rodeaba, aunque sin perder totalmente el conocimiento. Un amigo suyo, amigo a su vez de un químico de moral muy amplia, le había dado unos cuantos cigarrillos drogados y, en ocasiones, daban un resultado estupendo.

En aquel momento, el dueño de la cartera de mano habría visto venir hacia sí a un camión de veinte toneladas y no habría hecho nada para apartarse.

Tranquilamente, sin perder la serenidad, Andy puso una moneda sobre el mostrador y luego, con aire natural, agarró el asa de la cartera y se encaminó hacia la puerta.

La cartera de mano pesaba bastante. Andy se frotó las manos mentalmente.

Cabían tres posibilidades: que la cartera estuviese repleta de fajos de billetes, recién extraídos del banco. Su dueño daba la sensación de ser persona adinerada.

Otra posibilidad eran documentos valiosos. En la cartera figurarían el nombre y dirección de su dueño, y Andy podría ponerse en contacto con él para devolvérselos a cambio de una buena suma.

La tercera posibilidad, en fin, era mixta: dinero y documentos. Pero, en todo caso, Andy estaba seguro de haber hecho un buen negocio.

Un minuto después, estaba a bordo de su coche.

Arrancó inmediatamente. Andy vivía en los suburbios, lejos de la ciudad. Era una imposición de Linda, a la que le gustaba el campo.

Cruzó la urbe y llegó a una autopista. Luego tomó por una carretera secundaria, poco transitada a aquellas horas.

De pronto, Andy recordó un detalle.

—Esta Linda… —gruñó—. Si hay dinero en la cartera y lo ve, me fiscalizará hasta el último centavo.

Disminuyó la velocidad y arrimó el coche a la cuneta. Caso de que hubiese dinero en la cartera, apartaría una buena cantidad para sus gastos personales.

El coche se detuvo al fin. Andy se ladeó ligeramente y puso los pulgares en las presillas, que saltaron en el acto. Luego levantó la tapa.

Una gran llamarada salió de la cartera. Hizo ruido, mucho ruido, un ruido apocalíptico, pero Andy no oyó nada.

* * *

Wenceslao Garth llamó discretamente a la puerta. Alguien abrió segundos después.

Un brazo, de mórbidos contornos, envueltos en tules, asomó por la abertura y la mano tomó la de Garth. Éste sintió que tiraban de él.

Entró en la casa. Unos brazos ansiosos rodearon su cuello en la penumbra.

—¡Mi vida! —susurró ella, con la boca pegada a su oreja izquierda.

Garth la besó ardorosamente. Luego, con cautela, preguntó:

—Claudia, ¿no hay moros en la costa?

Ella soltó una risita.

—La costa se ha quedado sin defensas —contestó.

Garth volvió a besarla. Claudia Ballybagh devolvió los besos con fogoso apasionamiento.

Más tarde, ella preparó bebidas. Sentado en un diván, Garth la contemplaba moviéndose por la sala.

Realmente, era una mujer muy hermosa, lindando en los treinta años. Claudia sabía cómo ataviarse para parecer todavía más seductora. Los tules que cubrían su cuerpo eran más fórmula indumentaria que otra cosa; apenas velaban nada.

Se sentó a su lado y le entregó una copa. Sobre la mesita había

un periódico con grandes titulares en primera plana:

¡LA AMENAZA DE UN LOCO!
¡VOLARA LA TIERRA, SI NO SE LE ENTREGAN
MIL MILLONES!

—¿Tú crees que eso es posible, Wences? —preguntó Claudia.

Garth sonrió.

—¿Por qué me preguntas eso a mí? —dijo—. Hay quien es mucho más experto en explosivos que yo, nena.

Claudia soltó una risita.

—Sí, lo sé —contestó.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿Hay peligro…?

—Descuida, Wences. Hoy tiene reunión con el Consejo de Administración. Tratan de decidir una posible ampliación de la Sociedad.

Garth tomó un sorbo de su vaso.

—Por lo visto, los explosivos es un negocio que rinde mucho —dijo, a la vez que paseaba la vista por el lujoso ambiente que les rodeaba—. ¿Me equivoco?

Claudia rió, a la vez que le abrazaba de nuevo.

—A mí me interesa mucho más que rindas tú… que des buen rendimiento, cariño.

Le mordisqueó una oreja. Garth se estremeció.

Si ahora le diese al señor Ballybagh por aparecer en la casa… No quería ni pensar en ello. Tema fama de violento y colérico y, además, no era un tipo enclenque.

Pero Claudia era tan hermosa… Y además, la tenía cerca, muy cerca, cálidamente cerca.

La abrazó. Empezó a olvidarse del celoso señor Ballybagh.

Los labios de Claudia eran jugosos, ardientes. Garth se dejó sumergir en una oleada de fuego.

Entonces se produjo la explosión.

Una de las paredes se vino abajo con gran estrépito. Los cristales saltaron.

El diván se desplazó un par de metros, lanzándolos por el suelo. Mientras rodaba sobre sí mismo, aturdido y ensordecido, Garth pensó:

—Esto es cosa del celoso señor Ballybagh. Lo menos nos ha tirado una tonelada de dinamita.

Luego perdió el sentido.

CAPÍTULO II

Nate Street marcó un número, pero se abstuvo cuidadosamente de pulsar la tecla de imagen. Lo tenía prohibido cuando marcaba aquella cifra videofónica.

Una voz le contestó a los pocos segundos:

—Hable.

—Señor, soy Street. Tengo malas noticias…

—¿Qué clase de malas noticias, Nate?

Street tragó saliva. No sabía cómo empezar.

—Seguro que quiere referirse a la explosión que se ha producido hace poco en la carretera de acceso a Pinesboro, ¿no es así?

Street había oído las noticias por la radio.

—E… en cierto modo, así es —concordó—. Pero…

—Pero ¿qué? —gritó el otro con colérica impaciencia—. ¿Es que no puede hablar claro de una vez?

—Jefe… —Street estaba a punto de echarse a llorar—. Me… me robaron… la cartera con la muestra…

Para asombro suyo, el otro se portó con cierto comedimiento.

—Algo así sospechaba yo, cuando percibí su voz, Nate. Es imposible que nadie pueda sobrevivir a la explosión de doscientos cincuenta gramos de ese explosivo. Cuénteme, ¿qué le ha pasado?

—Estaba en un bar… Entré a tomarme un café… Tenía tiempo de sobra. Creo que me drogaron, señor.

—¿Drogar? ¿A las cuatro de la tarde y en público?

—Fue cosa de poco tiempo, apenas un minuto, señor. Yo creo que me lo hicieron con el humo de un cigarrillo. Me quedé ausente, viviendo y oyéndolo todo, pero sin poder moverme. Duró muy

poco, repito, y cuando me recobré, la cartera había desaparecido ya.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Street oyó:

—Nate, ¿cree usted que habrán sido… «los otros»?

—No sé qué decirle, señor. Pero el que se llevó la cartera está reducido ahora a fragmentos microscópicos.

—Eso no es consuelo para mí. Necesitábamos hacer otra demostración, aunque, a fin de cuentas, si se pospone un par de días, no importa demasiado. Yo me encargaré de investigar esa posibilidad. Nate, usted tiene que hacer otra cosa.

—Sí, señor —contestó Street, ávido de borrar la mala impresión causada en su jefe por el fallo cometido.

—Busque a Sybila Creil, ¿entendido?

—Sí, señor, la buscaré. ¿Qué hago cuando la haya encontrado?

—Nada. Limítese simplemente a indicarme su dirección. Eso es todo, Nate.

—Muy bien, señor.

La comunicación se cortó. Street sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que cubría su frente.

—¡Uf! ¡Qué mal rato he pasado! —exclamó, aliviado, porque, en el fondo, las cosas no habían resultado tan malas como esperó en un principio.

Luego se preguntó dónde podría encontrar a Sybila Creil. Ignoraba su domicilio actual, aunque creía se lo podrían indicar en determinado punto.

Sin más vacilaciones, Street abandonó la cabina y se encaminó hacia cierto local denominado «La Rosa de Hierro». El dueño, se dijo, le informaría de la residencia actual de la señorita Creil.

* * *

Wenceslao Garth no estuvo mucho tiempo sin sentido. Un par de minutos después, abrió los ojos.

—El señor Ballybagh —dijo, aterrado.

No lejos de él, se quejaba Claudia. Con la explosión, los tules habían volado por completo.

—¡Ay, ay, ay! ¿Qué ha pasado, Tom?

Garth se dio cuenta de que ella, subconscientemente, llamaba a su esposo. Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie.

El aspecto de la casa, después de la explosión, era terrible. Muebles volcados, paredes destrozadas, vidrios rotos…

—Parece que nos hayan bombardeado —murmuró.

Levantó a Claudia y la colocó sobre un diván. Le echó los tules encima y se puso la chaqueta.

—Gracias, Tom —dijo ella.

Garth oyó sirenas. También llegaban gritos de alarma a la casa.

Claudia se sentó de pronto.

—¡Tom! ¿Qué ha pasado? —de pronto, lanzó un chillido—. ¡Tú no eres Tom!

—No, soy un fantasma que se esfuma inmediatamente —contestó él, a la vez que echaba a correr.

Claudia no había sufrido nada; sólo un susto. Puesto que estaba bien, él ya no tenía nada que hacer allí.

Salió por la puerta trasera. Tenía su coche estacionado a prudente distancia de la casa. Lo encontró en seguida y, por fortuna, sin daños de gravedad. Tan sólo algunos cascotes habían abollado ligeramente la carrocería, pero, por lo demás, los mecanismos de energía se hallaban intactos.

Sentóse tras el volante y dio el contacto. Inmediatamente, pisó el acelerador, hizo girar el coche en el sentido deseado y lo lanzó hacia la salida del barrio residencial.

A tres mil metros de distancia, se encontró con una barrera policía.

—No se puede pasar, señor —dijo—. Tendrá que retroceder y buscar el acceso Dieciocho para entrar a la autopista.

—¿Qué ha pasado, agente? —preguntó Garth.

—Una explosión ha cortado la carretera, señor. Es todo lo que puedo decirle.

Más allá de la barrera, Garth divisó algo que le dejó estupefacto.

Era un gigantesco cráter, de más de trescientos metros de diámetro, por cincuenta o sesenta de profundidad. Garth jamás había visto nada semejante.

Retrocedió un poco y se apeó. Había infinidad de curiosos en las inmediaciones. Los comentarios eran de lo más variado.

—Un camión cargado de nitroglicerina.

—O dinamita.

—Es la obra de un loco.

—Sí, del chiflado de los «Mil Millones».

—Ha querido hacer una demostración para que veamos que sus amenazas no son un bluff.

—A mí, eso me deja frío. Bueno, frío no; yo ya sé en qué acabará todo esto —dijo un enterado—. Nos aumentarán los impuestos, así de sencillo.

Para Garth, sin embargo, no era tan sencillo. Ni siquiera un camión cargado de nitroglicerina habría podido originar un cráter tan enorme.

Pensativo, abandonó el lugar y emprendió el regreso, siguiendo la ruta indicada por el agente. Mientras volvía a casa, conectó la radio.

Pinesboro, sobre todo, por la parte más cercana al lugar de la explosión, parecían un lugar situado en pleno frente de batalla, en una de las guerras de mediados del siglo pasado y de las que Garth había visto numerosas imágenes, fijas y móviles. La onda explosiva debía de haber sido descomunal.

El lado opuesto del barrio estaba en mejores condiciones. Aun así, no quedaba un cristal sano en todo Pinesboro y muchas conducciones de agua, gas y electricidad se habían roto.

La radio volvía a mencionar al chiflado de los «Mil Millones». Garth se preguntó en qué mente podía caber la idea de que el gobierno pagaría una suma semejante para evitar que la Tierra volase en pedazos.

—Él también moriría —se dijo.

Y, como la mayoría de los ciudadanos, pensó que aquel sujeto estaba loco de remate.

Llegó a su casa y se metió en el baño. Tenía algunos rasguños, pero no eran de importancia.

Una vez salió del baño, vestido con ropas holgadas, se sirvió una copa para acabar de reconfortarse. Entonces llamaron a la puerta.

Garth tomó un sorbo. Luego abrió.

—¿Señor Garth? —dijo la mujer.

Garth parpadeó de asombro.

—Sí, yo mismo —contestó—. ¿En qué puedo servirla, señora?

—Necesito hablar con usted. Me llamo Sybila Creil.

Garth se apartó a un lado.

—Pase, señora Creil —dijo.

—Soy soltera —puntualizó ella.

—Dispense.

Garth cerró la puerta. Luego señaló un diván, que Sybila rechazó con un ligero movimiento de cabeza.

Era una hermosa joven, de unos veinticinco o veintiséis años, muy alta y de figura excepcionalmente esbelta. Tenía el pelo oscuro, aunque no negro del todo y las pupilas extrañamente claras, con chispitas doradas. De toda su figura emanaba un aura de exotismo, que la hacía sumamente atractiva.

—¿Y bien, señorita Creil? —dijo Garth.

—Tengo que pedirle un favor —manifestó Sybila—. Abonando los honorarios correspondientes, por supuesto.

—¿De qué se trata?

Sybila abrió el bolso.

—Corro peligro de ser secuestrada, tal vez torturada y, casi con seguridad, asesinada —declaró tranquilamente, con voz desapasionada—. Si esto llegara a ocurrir, quiero que usted acuda inmediatamente a ayudarme.

Garth estuvo a punto de dar un salto.

—¡Señorita Creil!

Sybila sonrió ligeramente.

—No me cree, ¿verdad?

—Bueno, he recibido peticiones insólitas en mi profesión, pero confieso que esto sobrepasa a todo —contestó él.

—Sí, ya me lo imagino —admitió Sybila con naturalidad—. Pero ¿aceptará?

—Si es cierto lo que dice puede ocurrirle, ¿por qué no acude a la policía?

—No me interesa, señor Garth.

Sybila extrajo de su bolso una cajita de color negro, del tamaño de un paquete de cigarrillos, y se lo entregó a Garth.

—Tome —dijo—. Llévelo siempre consigo. Cuando oiga un tañido musical, repetido con un ritmo un tanto rápido, acuda a salvarme.

Garth tenía la boca abierta.

—¿A… adónde? —preguntó.

—La intensidad del tañido musical le orientará —replicó Sybila —. Yo llevo un aparato emisor de señales. Por muy rápidos que actúen mis secuestradores, siempre tendré un segundo de tiempo para ponerlo en funcionamiento. ¿Me ha comprendido?

—Sí, pero…

Sybila sacó un fajo de billetes de su bolso.

—Un pequeño anticipo a cuenta —dijo.

Y luego, sin más, hizo una graciosa inclinación de cabeza, se dirigió a la puerta y salió, antes de que el asombrado Garth hubiese tenido tiempo de reaccionar.

Atónito, sin saber qué hacer, Garth parecía una estatua con la caja en una mano y el dinero en otra.

CAPÍTULO III

Nate Street se acercó a la barra y dijo:

—Quiero hablar con el dueño.

El camarero le miró especulativamente.

—¿Para qué? —preguntó.

—¿Es usted su padre?

—¡Je, qué cosas tiene! —dijo el camarero—. No sé si el dueño querrá recibirle.

Impertérrito, Street sacó un billete y lo puso sobre el mostrador.

—Avísele —dijo.

El camarero accedió, ahora con mejores modos.

—Por supuesto, señor.

Se alejó hacia el extremo del mostrador y habló brevemente a través de un interfono. Momentos después, volvió junto a Street.

—Le espera en su despacho particular, señor —informó—. Por el pasillo del fondo, cuarta puerta a la izquierda.

—Gracias, muchacho —dijo Street con benevolencia.

No tardó mucho en alcanzar una puerta en la que se leía un rótulo:

J. UGHON

PRIVADO

Llamó. Alguien dijo:

—Entre.

Street abrió la puerta. Parpadeó de asombro al verse ante una

mujer.

—Oh, dispense… —Y quiso retirarse, pero June Ughon cortó su gesto rápidamente.

—Soy la dueña del local —dijo sonriendo—. Entre, amigo, entre.

Street cruzó el umbral, confundido y desconcertado, además asombrado. June Ughon era una mujer de unos treinta y tantos años, muy alta, enorme, de vasto seno y caderas a juego. Llevaba muchas joyas y fumaba un cigarro que parecía una estaca.

—¿No ha visto nunca a una mujer? —preguntó June con ironía.

—Perdón, señora…

—Señorita —dijo ella altivamente.

—Discúlpeme, señorita Ughon. Nunca pude figurarme que el dueño del local fuese una mujer. Y hermosa por añadidura —añadió Street galantemente.

—No me adule, estúpido —replicó ella con aspereza—. Soy gorda, pero no tonta. ¿Quién es usted?

—Nate Street, a sus órdenes, señorita Ughon.

—Muy bien, Nate. Usted puede llamarme June. Todos lo hacen así. Y ahora, dígame de una vez qué asunto le interesa tanto como para darle veinticinco «pavos» a Benny.

Street se quedó asombrado. June lo notó y se echó a reír.

—Benny es un tipo fiel —dijo—. Cuando vio el dinero, receló algo y me dijo que tuviese cuidado. Nadie da veinticinco dólares sólo por verme, de modo que, desembuche. ¡Y rápido, amigo, que tengo mucho trabajo!

Street carraspeó.

—¡Ejem, ejem…! Bien, señorita… digo June… Mi interés en esta visita se centra en conocer el paradero de una persona… Es una muchacha que trabajó aquí hace algún tiempo…

June frunció el ceño.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Sybila Creil, June.

June guardó silencio un instante. Su enorme pecho se movía con tempestuoso oleaje. A Street le dio la aterradora sensación de que podía explotar en cualquier momento.

—Ha dicho Sybila Creil —habló ella al fin.

—En efecto, ése es el nombre, June.

La dueña del local abandonó su puesto tras la mesa.

—De modo que usted es uno de ellos —dijo.

—¿Cómo? No entiendo, June.

—Sí, tiene que ser —insistió ella con expresión pensativa—. Perdone un momento, Nate.

June se volvió y dejó el cigarro sobre un costoso cenicero. Luego, de pronto, se enfrentó con su visitante.

Street vio venir hacia sí un puño del tamaño de un saco de patatas. Pero lo que contenía aquel saco eran piedras.

Por lo menos, así se lo pareció, a juzgar por la potencia y la dureza del impacto. Antes de que pudiera saber lo que le sucedía, Street se encontró dando una voltereta por los aires.

Luego cayó al suelo. June, colérica, le apostrofaba a voz en cuello, a la vez que le nombraba con los peores epítetos.

El breve pero violento combate, en el que sólo un contendiente actuaba, tuvo un final entre cómico y humillante para Street.

June abrió la puerta. Street todavía gateaba, sin saber muy bien qué le pasaba. Algo parecido a la pata de una mula le golpeó en las posaderas, proyectándolo al pasillo con indescriptible violencia.

—¡Largo! —gritó la enfurecida mujer—. Fuera de aquí, hijo de un tal y una cual… Miserable bastardo, como te vea otra vez por mi local, puedes estar seguro de que te arrancaré el pellejo a tiras.

Gimiendo de dolor, lleno de humillación por la derrota sufrida, Street intentó levantarse, sin advertir siquiera la presencia de un hombre que se cruzaba con él en el pasillo.

* * *

Wenceslao Garth contempló unos instantes al individuo que hacía penosos esfuerzos por levantarse y luego entró en el despacho.

—¿Qué tal, June? —saludó.

—Hola, Wences —dijo la mujer—. Perdona la escenita, pero ese tipo me sacó de quicio…

Garth sonrió.

—No atentaría contra tu virtud, supongo —dijo.

June soltó un bufido.

—Estás un año sin aparecer por aquí y lo primero qué haces es burlarte de mí —se quejó.

—Lo siento, nena, no he querido ofenderte, sino todo lo contrario.

—¡Vete al diablo!

Garth no se inmutó. Conocía el genio de la dueña del local y sabía cómo tratarla.

—Creo que te conviene una copa —manifestó—. Y no dejes que se apague ese cigarro.

June remoloneó un poco, pero acabó poniéndose el habano nuevamente entre los dientes. Luego aceptó la copa que le tendía su visitante.

—Está bien —dijo—. ¿Qué rayos te trae por aquí Wences?

—Preguntas, hermosa, preguntas.

—No me llames hermosa. Soy un elefante con dos patas…

—Porque tú quieres, June —replicó él, impasible.

—El quirófano me da pánico, Wences.

—También te da miedo reprimir tu gula, de modo que no te quejes. La culpa de tus ciento treinta kilos es tuya y sólo tuya.

—¡No me lo digas o empezaré a golpes contigo! Al cabo de un año, ¿sólo se te ocurre insultarme?

—¿Llamas insultos a la verdad?

June hizo una mueca. En su interior, sabía que las palabras de Garth eran ciertas.

—Bueno, dejémoslo —refunfuñó—. Mi peso y mi figura son cosas mías exclusivamente. ¿A qué diablos has venido?

—Ya te lo dije antes. Quiero hacerte unas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Se llama Sybila Creil. Tengo entendido que trabajó aquí.

June entrecerró los párpados.

—¿Qué interés sientes por esa chica? —preguntó.

—Es mi cliente. June.

—¡Qué casualidad! —murmuró ella—. Street también me preguntó por Sybila.

Garth se parapetó detrás de un enorme sillón.

—No quiero que me pase lo mismo que a él —manifestó, cauteloso—. ¿Apaleas a todo el que te pregunta por Sybila Creil?

—Eso no reza contigo, Wences —contestó June, con su habitual tono de mal humor—. Pero estoy segura de que Street pertenecía a la pandilla.

—¿Qué pandilla, June?

—Sybila actuaba aquí. Era una de las mejores atracciones. Venía mucha gente sólo por verla. Un día se despidió de mí.

—Eso pasa con muchas artistas.

—Sí, pero ninguna suele irse con los motivos de Sybila.

—¿Qué motivos, June?

—Alegó que había una pandilla que la habían amenazado de muerte y que creía conveniente ocultarse durante algún tiempo. No me dio más explicaciones y, por supuesto, me fue imposible retenerla.

—Así que te dijo que amenazas de muerte…

—En efecto. Sólo eso e, insistió, sin más explicaciones.

Garth se pellizcó el labio inferior.

—Parece que coincide —murmuró.

—¿Qué es lo que coincide, Wences? —preguntó June, muy intrigada.

—Lo de las amenazas de muerte. Si le ocurre algo, yo tengo que ayudarla —respondió Garth.

—¿Sabes dónde vive? —preguntó ella ansiosamente—. Iría a verla, la contrataría de nuevo, le pondría dos guardaespaldas…

—Lo siento —dijo Garth—. Sybila estuvo hoy a verme, pero no me indicó su domicilio.

—No te aferres al secreto profesional, Wences.

—Te digo la verdad, June. No sé dónde vive.

—Pero… si no sabes dónde vive, ¿cómo acudirás a socorrerla si ella está en peligro?

—Lo sabré y basta —replicó Garth evasivamente.

June se encogió de hombros.

—Estás chiflado —dijo—. Más que «El Loco de los Mil Millones».

—Como quieras. June, de todas formas, muchas gracias por tus informes.

—Siento no poder decirte más, pero es todo lo que sé, Wences.

—Claro. Entre tú y yo no ha habido nunca engaños, ¿verdad?

June torció el gesto.

—No me recuerdes épocas pasadas —masculló.

—Fueron muy felices, pero tu intemperancia…

—¡Basta! No quiero oírte hablar más del asunto, ¿me entiendes?

—Como quieras, June. Volvamos a lo nuestro. ¿Sabes dónde

vivía Sybila?

—Sí, pero se mudó sin dejar dirección.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Envié a Benny como mensajero, con la noticia de un aumento de sueldo, si quería actuar de nuevo en mi local, pero volvió diciendo que Sybila se había ausentado sin dejar nuevas señas.

—Está bien. Street la buscaba. ¿Sabes algo de ese tipo?

—No

—Comprendo —sonrió Garth—, Bien, nena, gracias por todo.

Y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió de nuevo hacia ella.

—Por cierto, aún no me has dicho la especialidad de Sybila como artista. ¿Cantante?

—No. Hacía juegos de manos —respondió June de modo sorprendente.

CAPÍTULO IV

Los diarios más importantes recibieron, y publicaron, una carta que decía así:

AL GOBIERNO:

Mi petición de mil millones de dólares no es la chifladura de un lunático o la broma pesada de un pésimo humorista. No, en absoluto; es una petición enteramente formal, como ya he declarado en dos ocasiones anteriores. La Tierra volará en mil pedazos si no se satisface mi petición.

Y para que nadie dude de mis palabras, el próximo día 23, a las doce en punto del mediodía, la cumbre del Pike's Peak saltará por los aires y su cota quedará rebajada en quinientos metros por lo menos.

En una nueva carta, después de mi demostración, daré instrucciones para que un enviado del gobierno se entreviste conmigo y darle a conocer las condiciones en que debe serme entregada la suma de mil millones.

La carta tenía una firma muy curiosa: «Prof. Nobelius», lo que, evidentemente, era una derivación del apellido del descubridor de la dinamita. Pero era un detalle de relativa importancia.

Bien mirado, lo que realmente importaba era su identidad.

Pero nadie la conocía.

Los comentarios eran para todos los gustos.

—La Tierra saltará en pedazos. Yo, con que saltara la ciudad de Washington, me conformaría.

—Si supiera dónde vive Nobelius, le encargaría que volase la

casa de mi suegra, la muy bruja.

—Ese tipo que me debe y no me paga, si pudiera ponerle un poco de la recetita del profesor Nobelius…

—En mil pedazos… a millón por pedazo… Es modesto el tío; yo pediría cien veces más si tuviese la fórmula…

—Lo bien que se verá desde la Luna. Será un espectáculo digno de contemplarse desde allí.

Otros, en cambio, hacían comentarios menos jocosos.

Entre ellos figuraban los encargados de esclarecer el caso de la explosión de Pinesboro, quienes seguían tan ignorantes como el primer día.

* * *

—De modo que no ha podido dar con Sybila Creil

—No, señor La dueña me echó a patadas…

—Vamos, vamos, Nate, no me diga que se dejó vencer por una débil mujer.

—A usted querría verle yo en mi sitio, señor. Eso no es una mujer; es un hipopótamo con la potencia de un tanque pesado. Mide uno ochenta, pesa al menos ciento veinte kilos y pega como el campeón mundial, así que imagínese.

—No me imagino nada, Nate. Lo que quiero es que encuentre a Sybila.

—Haré lo que pueda, pero mis medios son limitados…

Sonó una risita sarcástica.

—Nate, no sea embustero. Está bien provisto de billetes, así que gástelos. Y tráigame a Sybila.

—Está bien. Pero, dígame, ¿tan importante es esa chica para usted?

—Lo es, Nate, o no insistiría en que la encontrases.

—En fin…

Street suspiró al cortarse la comunicación. Un tipo más bien raro el doctor Fyldoss, se dijo.

Pero pagaba espléndidamente y no solía dar mucho trabajo. Salvo que a veces uno se enfrentaba con situaciones desagradables, pensó, mientras se acordaba de June Ughon.

Mientras tanto, en su casa, Bertil Fyldoss hablaba con otro

individuo.

Fyldoss era un sujeto de unos cuarenta y tantos años, no mal parecido, de nariz ligeramente aguileña y ojos vivaces. El hombre que tenía ante sí respondía al nombre de Jim Coolin y era más bajo, algo grueso y de rostro rubicundo.

—Jim —dijo Fyldoss—, aparte de Sybila, sólo me falta encontrar a Munnery. ¿Te sientes capaz de conseguirlo?

Coolin hizo un gesto afirmativo.

—Sí, jefe —contestó.

—Jim, no emplees esa palabra. Me disgusta, ¿sabes?

—Lo siento, señor…

—Doctor, doctor Fyldoss, tenlo siempre en cuenta.

—Muy bien, doctor, no lo olvidaré. De modo que quiere a Loth Munnery.

—Sí. Vivo, naturalmente.

—Eso se da por descontado —sonrió Coolin—. ¿Algo más?

—Si lo crees conveniente, emplea un par de hombres. Pero no les des detalles.

—No, doctor. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego, Jim —accedió Fyldoss con benevolencia—. ¿De qué se trata?

—Del… del asunto del Pike's Peak. ¿Cree que resultará?

Fyldoss emitió una extraña sonrisa.

—Aguarda a las doce del día veintitrés y lo sabrás —contestó.

—Pero el gobierno está advertido y puede inutilizar el explosivo.

—No podrán, Jim.

—Tienen toda clase de medios…

—Lo sé. ¿Crees que no estoy prevenido? Anda, ve cuanto antes. Necesito a Munnery en seguida.

Coolin se dirigió hacia la puerta. Una vez allí se detuvo, presa de una súbita duda.

—Doctor —dijo.

—¿Qué hay, Jim?

—Imagínese que el gobierno claudica. ¿Cómo haría usted para recoger los mil millones?

—No usaría un saco, por supuesto —sonrió Fyldoss—. Cuentas corrientes secretas en distintos bancos, del país y extranjeros.

—Ah, esa sí es una buena idea —aprobó Coolin.

—Y a ti te tocarían veinticinco millones.

Los ojos de Coolin brillaron codiciosamente.

—Ni un centavo menos, Jim —concluyó Fyldoss con rotundo acento.

* * *

Garth vio al hombre acodado en el mostrador, con rostro grave y concentrado, y se acercó a él, para darle una palmada en el hombro.

—Hola, Dan —saludó.

Daniel Key volvió la cabeza.

—¿Qué tal, Wences? —saludó con la sonrisa en los labios.

—Ya ves, haciendo por la vida. ¿Y tú? Te veo muy preocupado…

Key suspiró.

—Sí, Wences, estoy muy preocupado —confirmó.

Garth agitó una mano. Una atractiva camarera le puso delante una cerveza.

—Lo suyo, señor Garth —dijo la chica con incitante sonrisa.

Garth le guiñó un ojo.

—Luego hablaremos tú y yo, Dotty —dijo.

—Cuando quiera, señor Garth —contestó ella. Y se alejó hacia otro cliente, con gran contoneo de caderas.

—Las enloqueces, Wences —dijo Key.

—¡Pst, se hace lo que se puede, Dan!

—Hasta que te pesquen.

—Ese día queda aún muy lejos. Se está muy bien soltero… Pero todavía no me has dicho qué es lo que te preocupa, Dan.

—La explosión de Pinesboro —suspiró Key—. Formo parte del equipo investigador, ¿comprendes?

—Ah, ya —contestó Garth—. Yo estaba en Pinesboro aquel día y me llevé un susto enorme.

—Sobre todo, porque creías que el marido había empezado a tiros con vosotros —dijo Key riendo.

Garth miró a su amigo de reojo.

—No me gustan ciertas clases de bromas —refunfuñó.

—Vamos, vamos, era sólo una broma —contestó Key—. Además, ni siquiera te he preguntado su nombre.

—Ya me he dado cuenta de que no hablabas en serio, Dan.

Dime, ¿cómo van tus investigaciones sobre la explosión? Fue un petardo de los gordos, ¿no te parece?

—Por supuesto, Wences. En cuanto a las investigaciones te diré que hemos llegado a dos conclusiones, que por ahora no han sido confirmadas. Sin embargo, creemos haber acertado.

—Bien, cuéntame, Dan —pidió Garth con avidez.

—Primero, creemos que la explosión está relacionada, de algún modo, con el doctor Nobelius.

—¿Ese chiflado que pide mil millones al gobierno?

Key bajó la voz.

—En confianza, Wences, muchos de los peces gordos creen que la amenaza es cierta —susurró.

Garth miró perplejo a su amigo. Key hizo un gesto como diciendo: «Qué quieres, yo sólo soy un subordinado y hago lo que me mandan».

—Está bien —dijo Garth—. ¿Cuál es la segunda conclusión?

—El explosivo empleado y deflagrado, bien intencionada o accidentalmente, es la sustancia «blainyta».

—«Blainyta» —repitió Garth—. Nunca he oído nada semejante, Dan.

—Se le llama así porque es un descubrimiento del doctor Horatio Blain —explicó el policía.

—Ah, ya entiendo. ¿Y qué dice el doctor Blain a todo esto?

—Nada, Wences —contestó Key.

—¿Nada?

—Entiendo lo que me preguntas. Hace mucho tiempo que no se sabe del doctor Blain. Ni siquiera si está vivo o muerto.

—De modo que la «blainyta» es una fórmula suya, Dan.

—En su mayor parte, sí, aunque tenía un buen equipo de colaboradores. Tres han desaparecido; quedan dos y no se sabe dónde paran.

—Los estáis buscando, supongo.

—Sí, pero aún no hemos dado con ellos. «El Loco de los Mil Millones» nos preocupa más, Wences.

—Lógico, Dan. Y dime, ¿es muy potente la «blainyta»?

—Con respecto al T.N.T., treinta a uno, por lo menos.

Garth se quedó con la boca abierta.

—Un gramo de «blainyta» equivale a treinta de T.N.T. —

exclamó.

—Así es, Wences —Key lanzó una moneda sobre el mostrador—. Y ahora, dispénsame, tengo que irme.

El policía se marchó. Garth quedó solo, rumiando lo que acababa de escuchar y que le parecía incomprensible.

De pronto, se abrió la puerta del local y entró una mujer. Garth se quedó atónito al reconocer a Sybila Creil.

CAPÍTULO V

La joven vestía con singular elegancia una indumentaria audaz, que sólo una mujer de su tipo podía llevar: chaquetilla muy corta y escotada, apenas un corpiño, de color café claro y «shorts» del mismo color. El contraste entre la tela y su piel levemente tostada resultaba sumamente agradable.

Pendiente del hombro izquierdo llevaba un bolso forrado del mismo tejido. Sybila llevaba los ojos cubiertos por unas grandes gafas oscuras, de trazado muy moderno. Desfiló por delante de él, sin verle, y se dirigió al fondo, en donde había varios reservados.

Sybila se detuvo para hablar brevemente con un camarero. Luego siguió y entró en uno de los reservados.

Garth sintió un impulso irresistible. Dejó una moneda sobre el mostrador y se encaminó hacia la puerta tras la cual había desaparecido la joven.

Abrió. Sybila tenía un cigarrillo en los labios y se disponía a encenderlo.

La joven se quedó inmóvil un instante. Luego reaccionó y encendió el cigarrillo. Garth llegó tarde en su gesto de ofrecerle su propio encendedor.

Ella expulsó una larga bocanada de humo. Luego dijo:

—No le he invitado a entrar, señor Garth.

—Lo siento, pero yo sí la vi entrar aquí y me picó la curiosidad. Le ruego me dispense si la molesto.

—Me molesta, en efecto —replicó Sybila fríamente—. ¿Cree que no le reconocí al entrar? Lo que no quería era hablar con usted.

Garth se quedó parado un instante.

—Repito que lamento mucho haberla molestado —dijo al cabo —. Sólo pretendía serle útil, señorita Creil. Adiós.

—Espere —dijo Sybila de pronto.

Garth se volvió, ya cerca de la puerta.

—¿Sí? —murmuró.

Ella dulcificó su gesto.

—Ahora soy yo quien le presenta sus disculpas —manifestó—. Estoy un poco nerviosa. No lo tome a mal.

—¡Oh, eso no tiene importancia! A fin de cuentas, usted me contrató para un determinado trabajo.

—Quiero que no lo olvide, señor Garth.

El joven se tocó el lado izquierdo del pecho.

—Su caja está aquí, constantemente. Por las noches, la pongo debajo de mi almohada —declaró.

Sybila esbozó una sonrisa.

—Creo que hice bien al confiar en usted —dijo.

—De eso puede estar segura. Y para que vea que escogió al hombre que necesitaba, le diré una cosa. La están buscando. Un tipo llamado Nate Street.

—¿Está seguro, señor Garth?

—Segurísimo. Mis fuentes de información, en este caso, son de absoluta confianza.

—No conozco a tal Street —manifestó Sybila.

—Yo sé que la busca, señorita Creil.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Puede informarme?

—Por supuesto. Se llama June Ughon.

Sybila guardó silencio un instante. Su esbelto pecho subía y bajaba con cierta rapidez.

—¿Conoce usted a June? —preguntó al cabo.

—Hace una docena de años, al menos, señorita Creil. En tiempos fuimos… bueno sostuvimos un romance.

Ella arqueó las cejas.

—¿Le gustan las gordas? —preguntó despectivamente.

—Hace diez años, qué digo diez, hace cinco, usted habría sentido envidia del tipo que tenía June —contestó Garth.

—No entiendo. Ahora está monstruosa…

—Una alteración hormonal, fácilmente combatible si ella quisiera. Pero se ha abandonado y, además, devora como una fiera

hambrienta.

—Está bien. De modo que ella le dijo que yo había trabajado en «La Rosa de Hierro».

—Así es y en un número por demás sorprendente.

Sybila sonrió.

—Sí, todos se sorprenden cuando se enteran de lo que yo hacía en aquel local —contestó. Miró la hora en su reloj de pulsera y añadió—: señor Garth, estoy esperando a una persona, que ya está a punto de llegar. ¿Tiene la bondad de dejarme sola, por favor?

—¿Quiere que me quede cerca, por si acaso? —propuso él.

—No, no hace falta. Buenas tardes, señor Garth.

—Adiós, señorita.

Garth abandonó el reservado, habiéndose hecho una composición de lugar acerca de la persona con quien debía reunirse la hermosa Sybila: «es un hombre, presumiblemente, un pretendiente, y ella, por las razones que sean, no quiere ser vista. Este reservado es el lugar más adecuado para la reunión… y el tipo que se reunirá con ella el hombre más afortunado de la Tierra».

La camarera le guiñó un ojo. Garth dijo que valía la pena perder un rato.

—A ver, enséñame la mano izquierda —pidió.

Ella obedeció en el acto.

—No llevo ningún anillo de casada —contestó maliciosamente.

—Eso es lo que buscaba —sonrió él—. Me llamó Wences.

—Conocía el apellido pero no el nombre. Mi apellido es…

—Calla. Me basta saber que te llamas Dotty. ¿A qué hora terminas?

—Dentro de cuarenta minutos. Si me espera…

Dotty no pudo seguir hablando. Un leve tañido musical brotó repentinamente de la chaqueta de Garth.

—¡Eh, que se le ha puesto la radio en marcha! —advirtió ella.

Garth se quedó rígido como una estatua. Luego, de pronto, giró hacia la izquierda y echó a correr hacia el reservado.

Abrió la puerta. Sybila forcejeaba con un individuo, que pretendía arrastrarla hacia la ventana de la estancia, la cual daba a un callejón poco o nada transitado.

Garth saltó hacia delante y tocó en el hombro al sujeto.

—Eh, amigo —dijo.

El otro se volvió. Garth conectó su puño contra su mandíbula y el hombre se desplomó fulminado.

En aquel instante se oyó una voz en la ventana.

—No se mueva o disparo —ordenó alguien.

Garth volvió la cabeza. Inmediatamente, reconoció al dueño de la pistola.

—¡Street!

—Yo mismo —confirmó el aludido de mala gana, a la vez que movía la mano izquierda—. Acérquese a la ventana, señorita Creil.

Sybila se mordió los labios, a la vez que consultaba a Garth con la mirada. El joven hizo un signo de aquiescencia.

Ella dio dos pasos. De pronto, su cuerpo quedó cubriendo el campo de tiro de la pistola.

Garth no desaprovechó la ocasión. Veloz como el pensamiento, dio un salto y, rodeando a la joven, golpeó la mano armada con el pie.

Street rugió de dolor. La pistola saltó por los aires.

Garth estiró la mano izquierda y agarró al otro por los cabellos. Luego le arreó un tremendo derechazo que lo fulminó en el acto.

—Vamos —dijo, a la vez que agarraba a la joven por el brazo.

Sybila se resistió.

—La puerta está al otro lado —indicó.

Garth la levantó repentinamente en brazos y la hizo pasar a través de la ventana. Él la siguió de inmediato.

—Street estaba aquí —explicó—. El otro vino a empujarla por la ventana. Estoy seguro de que hay un tercero vigilando en la parte anterior. Aprovechemos ahora que estos dos han quedado fuera de combate, es lo mejor.

Sybila comprendió en el acto la sensatez del consejo.

—Sí, creo que tiene razón —aprobó.

Caminaron con paso rápido en busca de la salida.

Sybila dijo:

—Creí que no llegaría a tiempo de socorrerme, aunque tenía confianza de que, en el peor de los casos, acabaría localizando mi paradero.

—Todavía no había salido del bar. Estaba charlando con un amigo —explicó él, diciendo la verdad sólo a medias.

Sybila hizo un gesto con la mano.

—Tengo ahí mi coche —indicó.

—La acompañaré un trecho, si no tiene inconveniente.

—Para usted será una molestia.

—Estoy a su servicio, no lo olvide.

Momentos después, el vehículo iniciaba la marcha. Garth encendió un cigarrillo y se lo pasó a la joven. Luego encendió el suyo.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó después de las primeras bocanadas.

—Sí, mucho mejor, gracias.

—No es que me interese demasiado, pero, al fin y al cabo, usted me paga por protegerla. ¿Puedo saber por qué querían raptarla?

Sybila dudó un momento.

—Me citaron aquí —contestó por fin.

—¿Quién?

—Un amigo mío.

—¿Su nombre?

—Lo siento. No puedo decírselo. También él corre peligro.

—Escuche, yo tengo buenos amigos en la policía. Si quiere…

—¡Por favor! —exclamó Sybila con voz crispada—. Si hubiese querido la protección de la policía, no habría ido a buscarle a usted.

—Siento haberla molestado —dijo Garth, procurando dominar la irritación que sentía—. Pare aquí, por favor.

Sybila arrimó el coche a la acera. Garth se apeó.

—Ahora está fuera de peligro y no me necesita —dijo desde la portezuela. Y, un tanto ofensivamente, añadió—: A fin de cuentas, en nuestro pacto no se incluyen las explicaciones por su parte, señorita Creil.

Ella arrancó sin decir nada. Garth se quedó satisfecho, porque había podido apreciar la impresión que sus palabras habían causado en el ánimo de la joven.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en «La Rosa de Hierro».

—He hablado con Sybila Creil —dijo, apenas se vio frente a June.

—¿Dónde? —exclamó la mujer ansiosamente—. Dime dónde está esa chica y te cubriré de oro, Wences.

Garth se echó a reír.

—Hagamos un trato, June —propuso.

—¿Qué clase de trato, bribón? Tú sabes dónde vive esa condenada…

—No lo sé, pero acabaré por averiguarlo —respondió Garth—. En cambió, tú tienes que averiguar dónde vive Nate Street.

June remoloneó un poco, farfullando palabras incomprensibles entre dientes.

—Está bien, de acuerdo —accedió al final—. Información por información. ¿No es eso lo que quieres, Wences?

—Exactamente, June.

Wences se inclinó para besarla en una mejilla. June se esponjó:

—¿Sabes? He decidido ponerme en tratamiento —dijo—. El médico me asegura buenos resultados, aunque será un tratamiento largo.

Garth abrió la puerta.

—Si te olvidas de los filetes y de las piernas de cordero y de los pasteles, pronto tendrás el cuerpo de una sílfide —aseguró.

CAPÍTULO VI

Una gran muchedumbre, venida de todos los puntos de los Estados Unidos y aun del extranjero, hormigueaba en las inmediaciones de la base del Pike's Peak.

La policía era impotente para mantener el orden. El ejército colaboraba, pero sus esfuerzos eran también punto menos que estériles.

Había infinidad de puestos de refrescos y bocadillos. Al menos se habían montado dos centenares de puestos de socorro, con ambulancias y helicópteros.

Charlatanes y vividores de toda laya aprovechaban la ocasión para hacer su agosto. Por todas partes se oían gritos, insultos, imprecaciones, carcajadas, conversaciones subidas de color, conversaciones pesimistas, apostrofes al gobierno, a los políticos… Era una barahúnda increíble, organizada por una multitud cuya cifra se evaluaba superior a los diez millones.

Desde el aire, el espectáculo era dantesco. El suelo hormigueaba literalmente.

Un par de pequeñas ciudades de recreo habían sido arrasadas, como si por ellas hubiera pasado una horda de búfalos gigantescos. La circulación estaba cortada en todas las carreteras y, naturalmente, en la que ascendía a la cima del Pike's Peak.

Decenas y decenas de cámaras enfilaban la cumbre de la montaña. Cientos de micrófonos eran utilizados por cientos de congestionados locutores.

—Todos los esfuerzos realizados por las autoridades para encontrar los explosivos han sido inútiles…

—El peso de la masa que volará por los aires, si se cumplen las predicciones del doctor Nobelius, es de varios cientos de miles de millones de toneladas…

—Faltan seis minutos para las doce. En ese momento, nuestro querido Pike's Peak perderá su tan característico aspecto…

Decenas de helicópteros, provistos de gigantescos megáfonos, empezaron a revolotear por la llanura.

—¡Atrás! ¡Atrás! —bramaban los altavoces una y otra vez—. La onda explosiva puede causar graves daños. Retrocedan, retrocedan…

Pero las primeras filas, compuestas por los que llevaban allí acampando desde hacía días, no podían retroceder, porque los de atrás se lo impedían.

—Se producirá una catástrofe —dijo un coronel, encargado de las fuerzas militares.

—Fue imposible contenerlos —dijo el jefe de policía—. Acudían de todas partes a manadas, por miles, cientos de miles… Rompían barreras, vallas, alambradas, lo arrollaban todo… Sólo había una manera de detenerlos, pero no podían emplear las ametralladoras. Mangueras de agua y otros métodos se revelaron ineficaces…

El panorama era sombrío. La inconsciencia de aquellas gentes les conducía a la muerte, sin que se sintiesen capaces de admitirlo.

De repente, se oyó un bramido que bajaba de las alturas:

—¡Falta un minuto para las doce! ¡Atrás, atrás!

Millones de ojos, contemplaron sus relojes de pulsera. Las agujas desgranaban inflexiblemente los últimos segundos de la cuenta.

De repente, uno gritó:

—¡Faltan diez segundos!

Y la multitud, una enorme voz que procedía de millones de gargantas, bramó:

—¡Nueve! ¡Ocho! ¡Siete! ¡Seis! ¡Cinco! ¡Cuatro!… ¡Tres…! ¡Dos…! ¡Uno! ¡Cero! ¡LAS DOCE EN PUNTO!

Veinte o más millones de ojos se dirigieron hacia la cumbre. Pero no ocurría nada.

Transcurrió un minuto. El Pike's Peak seguía intacto.

Se había hecho un silencio absoluto. Pasaron dos minutos más, tres, cuatro…

Sonó un silbido. Alguien emitió una risa de burla.

—Esto es un timo.

—Una estafa.

—Nobelius no es capaz de hacer estallar siquiera un petardo de feria…

Los locutores se sentían desconcertados.

—La explosión no se ha producido y, naturalmente, se ignoran las causas…

—La multitud empieza a dispersarse. Muchos recogen ya sus bártulos…

—Los asistentes opinan en su mayoría, que Nobelius es un farsante, así que el gobierno hará bien en no claudicar ante unas amenazas que no son sino el producto de una mente desequilibrada, cuando no de un bromista, en el mejor de los casos.

—Han transcurrido ya quince minutos y el Pike's Peak continúa intacto. La gente abandona el lugar…

Y entonces fue cuando se produjo la explosión.

Prácticamente, diez millones de espaldas estaban vueltas a la montaña. Las cámaras estaban paradas o desconectadas.

¡BRRRRLOMBROLBROOOOOOMMMM…!

La tierra tembló de tal modo, que muchos fueron arrojados al suelo. Una altísima columna de humo, polvo y piedras subió a varios kilómetros de altura.

Se formó una gigantesca nube, formada por el polvo y los gases deflagrados. La nube era una especie de techo opaco que en pocos segundos cubrió un área enorme, ocultando la luz del sol.

Luego llegó la onda explosiva, derribando a más gente. Empezaron a oírse gritos y peticiones de socorro.

Después de la onda explosiva, empezaron a caer piedras procedentes de la pulverización de la cima de la montaña.

* * *

Con un vaso de refresco en la mano y un cigarrillo en la otra, Wenceslao Garth contempló en la pantalla de su televisor el Pike's Peak tal como había quedado después de la explosión anunciada por el doctor Nobelius.

No cabían dudas: aunque con retraso, retraso que nadie se explicaba, lógicamente, Nobelius había cumplido su palabra.

El locutor hablaba mientras la cámara recogía imágenes de la montaña, tomadas desde distintos puntos:

—Ciertamente, el Pike’s Peak ha perdido quinientos metros de altura. Una ingente masa, calculada en cientos de miles de millones de toneladas de roca viva, saltó en pedazos por los aires, pero con ser grave, no lo es tanto como las pérdidas humanas que se han registrado. La pérdida de un paisaje, tan querido y familiar a los americanos, nunca puede ser tan dañino como la pérdida de vidas humanas que se ha registrado.

«Efectivamente, entre las piedras caídas de la montaña, los atropellos y otras causas, se calcula que no menos de doce mil personas han muerto y que hay un número doble de heridos, por lo menos. La nación está de luto, consternada por la incalificable acción de un miserable, cuyo nombre será maldecido por los siglos de los siglos. Me refiero, naturalmente, al doctor. Nobelius…

El timbre del videófono sonó de pronto.

Garth se puso en pie y se acercó al aparato. Pulsó la tecla de contacto y esperó.

La pantalla se iluminó cinco segundos después.

—Señorita Creil —exclamó Garth, asombrado.

—¿Ha visto las noticias? —preguntó ella.

—Tengo el televisor conectado —contestó Garth.

—Muy bien. Entonces, ya conoce la gravedad de los hechos.

—Así es, pero…

—¿Puede venir a mi casa?

Garth respingó.

—Yo creí que quería mantener su dirección en secreto —dijo.

—Y sigo pensando así, pero estimo que puedo confiar en usted. Vivo en Pinesboro, calle Cincuenta y Nueve, noventa.

—Pinesboro —repitió él—. ¿No sufrió daños su casa cuando se produjo la explosión de la «blainyta»?

Ahora le tocó a Sybila el turno de la sorpresa.

—¿Quién le ha dicho a usted que fue «blainyta»? —preguntó.

—Tengo amigos en la policía —sonrió Garth.

—Comprendo —Sybila consultó su reloj de pulsera—. Estoy aguardando a un amigo. ¿Dentro de tres horas?

—Muy bien.

—Sea puntual, se lo ruego.

—Descuide, señorita Creil.

Sybila le dirigió una amistosa sonrisa.

—Es muy probable que hoy pueda darle más noticias —manifestó, antes de cerrar la comunicación.

Garth se frotó las manos mentalmente.

—Voy a verla de nuevo —se dijo—. Y, además, conozco su dirección.

El videófono sonó de nuevo.

Esta vez era June.

—Wences, tengo lo que me pediste —dijo.

—Magnífico, preciosa. ¿Cuántos kilos has perdido?

Ella suspiró.

—De ayer a hoy, ciento cincuenta gramos —contestó.

—No está mal. Kilo y medio en diez días, quince en cien, cuarenta y cinco en diez meses…

—Y luego vendrá lo peor, Wences.

—¿Qué es lo peor, June, preciosa?

—El quirófano, Wences.

—El quirófa… Pero si adelgazas naturalmente…

—Piensa, hombre —le apostrofó ella—. Perderé sesenta kilos, pero ¿y los pellejos?

Garth no caía.

—¿Qué pellejos, June?

—Me sobrará piel por todas partes.

—Ah, entiendo. Bueno, no padecerás mucho. Y, como a fin de cuentas, eres alta, quedarás con ese tipo de señora opulenta, que gusta a muchos más de lo que tú crees. Pero estábamos hablando de otra cosa, me parece.

—Sí. Tengo la dirección de Street.

—Eres fenómeno, June… Oh, lo dije en buen sentido, créeme.

—Wences, Wences, cuando te vea, te daré un buen porrazo en la nariz. Apunta.

—Ya estoy —dijo él, momentos después, provisto de papel y lápiz.

Escribió la dirección de Street, arrancó la hoja y la guardó en un bolsillo.

—Gracias, preciosa —dijo al terminar.

—Un momento. ¿Qué me dices de Sybila Creil? ¿Has averiguado

algo?

Garth reflexionó rápidamente.

Sybila era su cliente. Corría peligro. Quizá, después de la entrevista, el peligro habría desaparecido. Entonces le daría la dirección de la muchacha.

—No —mintió con naturalidad—, todavía no sé nada. Pero te prometo decírtelo en cuanto conozca su domicilio.

CAPÍTULO VII

Fyldoss bramaba de cólera.

—De modo que tuvieron a Sybila en su poder y la dejaron escapar —gritó.

Street asintió, mohíno y afligido.

—Lo siento, pero aquel tipo nos atacó…

—Nos atacó, nos atacó —remedó Fyldoss burlonamente—. Eran tres y se dejaron derrotar por uno solo.

—Bueno, es que hubo una ligera división de fuerzas…

—¡No me dé más explicaciones, idiota! —rugió Fyldoss—. Eran tres y ese condenado investigador les birló a la chica.

Agarró un papel de encima de su mesa y se lo tiró al desmoralizado Street.

—Es la última oportunidad que le doy —manifestó—. Tráigame a Sybila esta misma noche o le expulsaré de la organización. ¿Entendido?

—Sí, señor… digo, doctor…

Street huyó a la carrera. Coolin contuvo una sonrisa de burla.

—Está aterrorizado —dijo.

—Se merecía un tiro —masculló Fyldoss—. Mira que localizar a la chica y dejarla escapar. Jim, si ese sujeto fracasa, no le daré más oportunidades.

—La expulsión será… definitiva.

Fyldoss asintió con un gruñido. Luego dijo:

—¿Qué hay de Munnery, Jim? Tú tampoco pareces darte mucha maña para localizar a ese individuo.

Coolin suspiró.

—Jefe, Sybila Creil destacaría en cualquier parte, aunque se pintase todo el cuerpo de negro o se pusiera un traje de buzo —contestó—. En cambio, a Munnery no hay manera de localizarlo. Es el clásico tipo corriente, más bien insignificante, cuyo aspecto cambia de un modo radical con un simple bigotito. Ahora, imagínese que además del bigote se pone gafas o se afeita el cráneo…

—Era medio calvo —refunfuñó Fyldoss.

—Por eso mismo. Haciéndose pasar por calvo completo y dejándose la barba, no lo reconocería ni su padre. Pero tengo una ligera pista y puede que dentro de un par de días le dé buenas noticias.

—Algo es algo —Fyldoss aceptó las explicaciones de su acólito—. De todas formas, Jim, quería pedirte otra cosa.

—Sí, doctor.

—Ese tipo… me refiero a Garth. Parece que últimamente se ha vuelto un poco entrometido.

—Eso mismo pienso yo, doctor.

—¿Conoces a alguien que quiera procurarme un sueño tranquilo, sin tener que pensar en Garth?

Coolin sonrió maliciosamente.

—Usted sugiere un tipo hábil, además de discreto.

—Sí, eso mismo, Jim.

—Costará bastante, doctor —advirtió Coolin.

—Siempre que sea eficaz y discreto, el dinero no importa.

—Muy bien. Tengo el tipo que necesita.

—¿Cuánto, Jim?

—¡Psch! Yo diría que entre ocho y diez. Si puede ser, se lo sacaré por ocho, pero menos, no, de ninguna manera.

Impasible, Fyldoss abrió un cajón de su mesa y sacó un fajo de billetes que lanzó a su acólito.

Coolin atrapó el fajo al vuelo.

—Hay cien billetes de a cien —dijo Fyldoss—. No importa que los gastes todos; el caso es que me libres de esa preocupación. —Y añadió—: Por ahora es sólo una preocupación, pero no quiero que se convierta en una pesadilla.

Coolin hizo un gesto de asentimiento.

—Considérese libre de preocupaciones —aseguró.

Fyldoss se quedó solo. Sacó papel y una pluma y empezó a redactar el borrador de la carta que pensaba dirigir a los periódicos, bajo el seudónimo de «Dr. Nobelius».

* * *

Garth consultó la hora y vio que tenía unos minutos de tiempo, así que decidió bajar al bar de la esquina a tomar una cerveza.

Su amigo Key estaba en el bar, charlando con Dotty. La camarera dirigió al joven una mirada de resentimiento.

—Lo siento, nena —dijo Garth—. El otro día tuve que marcharme inesperadamente…

—Dotty es soltera —dijo Key con una risita.

—Y tú casado —bufó Garth.

—Bueno, bueno, no te enfades, hay que saber soportar las bromas. ¿Cómo van tus asuntos, Wences?

Garth tomó un sorbo de la cerveza que Dotty acababa de ponerle delante.

—No puedo quejarme. ¿Y tú?

Key hizo un gesto de indiferencia.

—No progresamos mucho, la verdad —contestó—. Aunque bien es verdad que hemos podido encontrar dos pistas.

—¿De veras, Dan?

—Sí. Una de las pistas consiste en la matrícula del coche que voló al producirse la explosión. Según la matrícula, el vehículo pertenecía a un tal Andy Marini.

—¿Qué hacía ese tipo, Dan?

Key movió los dedos con un gesto sumamente gráfico.

—Robaba carteras y otras minucias por el estilo. Hay un sargento que asegura haberlo visto aquel mismo día, tratando de quitarle la cartera a un inocente ciudadano, pero Marini se dio cuenta de que era observado y se eclipsó.

—Entiendo —dijo Garth—. Pero si la explosión fue tan enorme, resulta extraño que encontraseis la matrícula del coche de Marini.

—Bueno, una explosión no destruye las cosas de un modo absoluto. El cuerpo de Marini, sí, desde luego; lo más probable es que se volatilizase con la llamarada. Pero la matrícula es una chapa metálica.

—Entiendo. ¿Cuál es la otra pista, Dan?

—Un pequeño escudo de metal, con dos iniciales en relieve, sin duda las del dueño de la cartera de mano. Las iniciales son N.S., pero imagínate tú cuántos tipos tienen esas mismas iniciales, Wences.

—Eso es cierto —convino Garth.

—Nosotros suponemos que Marini robó la cartera de mano a N. S. y que escapó en su coche. Marini vivía en Pinesboro…

« ¡Qué casualidad!», pensó Garth.

—…detalle corroborado por su viuda —continuó el policía—. Debió de pararse a un lado del camino, en un momento en que no pasaba nadie, para ver el contenido de la cartera de mano, y al abrirla fue cuando se produjo la explosión.

—Comprendo. Esa cartera, pues, debía de ser una trampa explosiva.

Key bajó la voz.

—Creemos que sí —murmuró—. Hay un importante hombre de negocios que había recibido amenazas de muerte si no pagaba un millón de dólares. Como le volaron una finca de recreo, se asustó y pagó. N. S. debía de llevarse la cartera de mano de vuelta a… adonde fuera, y Marini se la quitó.

—Eso lo explica todo, menos lo de la «blainyta» —dijo Garth.

Dos hombres entraron en aquel momento y se dirigieron con paso mesurado hacia el otro extremo del mostrador.

—¿Qué va a ser, caballeros? —consultó Dotty.

—Whisky —pidió Coolin.

—Una naranjada —solicitó su acompañante.

Dotty sirvió las bebidas y se alejó. Coolin tomó un trago y luego, en voz muy baja, dijo:

—Mark, fíjate en el más alto de los dos hombres.

Mark Sharkey estudió con disimulo la figura de Garth.

—Ya lo tengo —dijo.

—Ese es Wenceslao Garth, Mark.

Sharkey hizo un imperceptible gesto de asentimiento.

—Considere esos seis mil dólares como la mejor inversión de su vida, señor Coolin —afirmó.

Coolin ocultó una sonrisa. Sí, Fyldoss le había prometido veinticinco millones, pero, por el momento, más valían cuatro mil

en mano que los veinticinco millones que ni siquiera habían alzado el vuelo todavía.

En aquel momento, Garth consultaba su reloj.

—Se me hace tarde. Dan —manifestó—. Discúlpame.

—Que te diviertas —le deseó el otro con sorna.

Garth salió a la calle. Coolin y Sharkey cambiaron una mirada.

—Déjelo de mi cuenta —dijo el segundo con suficiencia.

—¿Hoy? —musitó Coolin.

—Hombre, es un poco precipitado. Déjeme preparar las cosas bien. Usted no quiere fallos, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, repito, déjelo de mi cuenta.

—Conforme, Mark.

—Vuelva tranquilo a su casa. A partir de ahora, Garth no es cosa suya, sino mía. Llámeme dentro de un par de días para tener noticias.

—O.K., Mark.

Los dos hombres se separaron. Sharkey quedó en el bar, pues sabía que estaba muy cerca de la residencia de su futura víctima.

Mientras tanto, Garth se dirigía a casa de Sybila con el corazón henchido de esperanzas. Jamás mujer alguna le había impresionado tanto como la artista.

Cuando llegó, un hombre salía de la casa. Garth frunció el ceño en el primer momento, pero luego recordó la visita que ella le había dicho esperaba.

Tratábase de un sujeto de mediana estatura, con barbita en punta, bigote y gafas de gruesos cristales. Su cráneo estaba enteramente pelado y cojeaba ligeramente al andar.

Garth le saludó cortésmente. El otro se limitó a hacer una ligera inclinación de cabeza.

Pero el joven ya no se preocupó más de él. Sybila estaba en la puerta de su casa, más hermosa que nunca, apreció.

—Gracias por haber venido —dijo ella.

—Soy su empleado, recuérdelo —sonrió Garth.

Sybila agitó una mano en aquel momento. Garth se volvió un poco y vio que el visitante se despedía también, fuera ya del pequeño jardín que rodeaba la casa.

—Entre, por favor —invitó la muchacha—. ¿Quiere algo de

beber?

—Lo que usted me ponga —contestó él.

Sybila preparó dos copas. Le entregó una y luego se sentó en el diván, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo.

—Bien, supongo que estará ansioso de conocer los motivos de mi llamada, señor Garth.

—Eso se da por descontado, aunque, ¿me permite hacerle una observación?

—Desde luego, señor Garth.

—Llámeme Wences, todo el mundo lo hace así.

Sybila sonrió ligeramente, con la copa ya muy cerca de los labios. Tomó un sorbo y dijo:

—De acuerdo, Wences. Y ahora le diré cuáles son los motivos de mi llamada. Podemos empezar por cierta época de mi vida, hace dos años, cuando yo trabajaba como ayudante en el laboratorio del doctor Horatio Blain.

CAPÍTULO VIII

Garth se quedó mudo de asombro al conocer la noticia.

—Ha dicho que trabajaba en… —dijo, sin completar la frase.

—Así era, efectivamente —insistió Sybila—. El doctor Blain, como usted no ignora, es el descubridor de la «blainyta».

—Sí, ese explosivo treinta veces más potente que el trinitrotolueno, vulgo T.N.T. Creo que es lo que usaron para «descrestar» el Pike's Peak, ¿no es así?

Sybila hizo un gesto con la cabeza.

—No y sí. Sí emplearon «blainyta», aunque no en la proporción que usted supone. ¿Me comprende?

—No del todo, pero ya me lo explicará usted —contestó Garth —. Siga, por favor.

—El doctor Blain descubrió la «blainyta». O la inventó, como quiera. Pero le pareció poco potente y por eso se dedicó a perfeccionar la fórmula.

—Los hay chiflados —gruñó el joven—. Mira que dedicarse a perfeccionar una sustancia tan funesta… ¿Por qué no se dedicó a buscar una medicina para vivir doscientos o trescientos años?

Sybila sonrió.

—Es que la «blainyta» vino precisamente de ahí, de las investigaciones que el doctor hacía en este sentido.

—¿Cómo? —respingó Garth—. ¿La «blainyta» alarga la vida?

—Parte de su composición química, pero éste no es el momento de estudiar sus otras propiedades. Quedábamos en el que el doctor había perfeccionado su fórmula del explosivo.

—Sí, es cierto. ¿Qué hizo?

—Aumentó la potencia de deflagración, y a la segunda fórmula, la llamó «blainyta-2». La proporción con respecto al T.N.T. era ya de sesenta y seis a uno.

A Garth se le escapó un silbido.

—Un gramo de «blainyta» por sesenta y seis T.N.T.

—Exactamente —corroboró la joven—. Después vino la «blainyta-3».

—Cuya proporción, respecto al T.N.T., era de…

—Ciento noventa y ocho a uno.

Garth vació su copa de un golpe.

—No me diga ahora que también elaboró la «blainyta-4» —exclamó, empavorecido.

—Tengo que decírselo, porque es cierto. La cuarta fórmula, derivada de la primera, como todas, confería al explosivo una potencia de cuatrocientos cuarenta y dos a uno.

—Increíble —dijo Garth, derrumbado en su sillón—. Oiga, Sybila, no me diga ahora que la cosa siguió adelante y que hay más variedades de «blainyta», de mayor potencia deflagradora, por supuesto.

—Pues las hay —corroboró ella, muy seria—. Quedan las variedades número cinco y seis. La «blainyta-5» alcanza ya una potencia de dos mil novecientos a uno.

—¿Y la número seis?

—No se sabe todavía con certeza. El doctor no se atrevió a hacer un experimento completo.

—Debe de ser algo terrible.

Sybila asintió con lentos movimiento de cabeza.

—Empleó medio miligramo de «blainyta-6». Una roca de siete u ocho metros cúbicos de volumen, lo que da unas cincuenta toneladas de peso, desapareció, convertida literalmente en polvo.

Garth abrió la boca.

—Y todo eso, sólo con medio miligramo de «blainyta-6».

—Sí, pero el doctor no estaba muy seguro de que la «blainyta-6», además de su poder deflagrador, no provocase la decohesión molecular de los cuerpos. Temía que, en mayores cantidades, la sexta fórmula del explosivo iniciase una reacción decohesionadora, que no se sabría si podría ser detenida. Por eso no siguió adelante con sus experimentos.

—Voy comprendiendo. Pero aún no me ha dicho cuál es la variedad de «blainyta» que emplearon en el Pike's Peak.

—Yo opino que la número cuatro. El doctor Nobelius sólo conoce las cuatro primeras fórmulas.

—¿Dónde están las dos restantes?

Sybila sonrió.

—Una, en la cabeza de mi buen amigo Munnery, que es el hombre con quien se ha cruzado usted al salir —contestó—. La sexta aquí —se señaló su frente.

—¿Usted?

—Sí, Wences —confirmó ella.

Hubo un momento de silencio. Garth reflexionaba.

—Bien —dijo al cabo—, imagino que la «blainyta-6» tiene mucho que ver con sus dificultades. Pero ¿por qué le dejó Blain a usted precisamente la fórmula número seis?

—Entendámonos, Wences. Yo no conozco la fórmula completa; lo que sí sé es la fórmula complementaria.

—Ah, ya entiendo. Si yo tengo ahora una pastilla de «blainyta» y usted fabrica determinada sustancia según esa fórmula, tendremos ya la «blainyta-6».

—Justamente, Wences. Y lo peor de todo es que Nobelius tiene las cuatro primeras. El doctor Blain dio números a las fórmulas sucesivas, derivadas de la «blainyta» original. Contándose él, éramos seis personas en el laboratorio. ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente, Sybila. Ahora tendría que explicarme usted los motivos de la dispersión del personal de aquel laboratorio, porque estoy presumiendo que ocurrió algo que causó la separación de todos ustedes, ¿no es así?

—Cierto, Wences.

Garth sonrió.

—Lo que no entiendo es cómo fue a parar usted al local de June Ughon —dijo.

—Todo vendrá a su tiempo —sonrió ella—. Cuando el doctor Blain hubo experimentado la fórmula número seis, sintió miedo y…

La caja de alarma que Garth llevaba en el bolsillo empezó a sonar de pronto. Al mismo tiempo, se oyó un tañido similar en otro lugar de la sala.

Sybila se puso en pie de un salto.

—¡La alarma, Wences! ¡Han atacado a Loth Munnery!

Garth se levantó también.

—¿Llevaba Munnery un emisor de señales? —preguntó.

—Sí, se lo aconsejé yo, en vista de las circunstancias. Wences, tenemos que socorrerle —pidió ella, angustiada.

—No hay inconveniente, aunque ya hace mucho rato que Munnery se marchó de la casa.

—El emisor de señales nos guiará hasta él. Y tenemos que liberarle, porque Loth es el poseedor de la fórmula de la «blainyta-5».

—¡Atiza! —fue todo lo que supo decir Garth, después de aquella sensacional noticia.

* * *

—Bien, bien —dijo Coolin, satisfecho—, al fin hemos dado contigo, Munnery. No temas, no te haremos ningún daño… a menos que hagas algo inconveniente. Tenemos el encargo de llevarte a la casa de un amigo nuestro y te trataremos muy bien, ¿estamos?

El tono de Coolin era demasiado torvo para que Munnery no se sintiera lleno de pavor. Su coche había sido detenido por otro atravesado en el camino y, antes de que pudiera reaccionar, había sido arrancado de su asiento y trasladado al otro vehículo, por los tres autores del asalto.

Coolin iba acompañado de dos sujetos de cara estólida, pero que no por ello carecían de inteligencia. Precisamente habían sido sus colaboradores quienes habían localizado a Munnery, avisándole luego rápidamente. Coolin había acudido en el acto, apenas separado de Sharkey, llegando junto a sus compinches momentos antes del secuestro.

Munnery no se sentía muy tranquilo, aunque confiaba en el emisor de señales que Sybila le había proporcionado. Sin embargo, temía que le registrasen y le inutilizasen el aparato.

En los primeros momentos, trató de desmentir su personalidad.

—Yo no soy Munnery —dijo—. No conozco a ese hombre…

Coolin se echó a reír. Le quitó las gafas y las arrojó por la ventanilla. Luego desprendió la barbita y el bigote postizos y, por último, le quitó el casquete que tan bien simulaba un cráneo

pelado.

—¿Eres o no Loth Munnery?

El prisionero calló.

De nada serviría negarlo ahora, pensó desanimadamente. Pero seguía confiando en Sybila.

El coche corría velozmente por caminos secundarios, en medio de la oscuridad. Faltaban ya muy pocos kilómetros para llegar al escondite de Nobelius.

Una curva apareció de pronto ante el conductor, quien refrenó la marcha. De pronto, cuando estaba en medio de la curva, se produjo un vivísimo resplandor.

Fue como el fogonazo de un «flash» gigantesco, un relámpago de intolerable intensidad lumínica, que cegó por completo al conductor.

Por unos momentos, el chófer perdió el control del vehículo, que empezó a dar alarmantes bandazos. El instinto le hizo pisar a fondo el freno, porque no veía.

Dentro del coche sonaron gritos de alarma. Coolin fue el primero que se percató de lo que sucedía.

—¡Nos atacan! ¡Defiéndanse, muchachos!

Y sacó su pistola.

Varios individuos corrieron hacia el coche. El otro acompañante de Coolin abrió la portezuela y saltó al suelo, pero apenas lo había hecho, fue acribillado a balazos por los atacantes.

El conductor quiso defenderse también, pero alguien se acercó por el otro lado y le voló la cabeza. Algunas balas penetraron en el interior y una de ellas rozó la mejilla derecha de Coolin, de cuyos labios se escapó un aullido de dolor.

Sin embargo, Coolin tuvo la serenidad suficiente para desplomarse en el asiento, con los ojos y la boca muy abiertos y completamente inmóvil. La sangre le corría por la cara y pensó que si se hacía el muerto, los atacantes no se ocuparían más de él.

Así sucedió, en efecto. Munnery estaba agazapado en el suelo, lleno de terror, y no opuso la menor resistencia cuando le sacaron fuera del vehículo.

Los atacantes vestían de negro y llevaban puestos sendos antifaces. A Munnery no le sostenían las piernas y dos de los enmascarados tuvieron que sujetarle por los brazos, para evitar que

se desplomara al suelo.

—No tema, señor Munnery —dijo el que parecía capitanear el asalto—, no le vamos a hacer el menor daño.

—Pero yo no soy…

—Vamos, vamos —sonrió el desconocido—, no juegue a engañamos. Sabemos quién es usted perfectamente, así que no intente ocultar su identidad.

De pronto, uno de los asaltantes se acercó a la pareja, llevando un aparato en las manos.

—Jefe, tiene que hacer algo antes de que sea demasiado tarde —manifestó—. Munnery lleva encima un emisor de señales de radio

CAPÍTULO IX

Sybila había recibido a Garth con indumentaria casera, por lo que estimó prudente cambiarse de ropa.

—Será cuestión de cinco minutos y, además, disponiendo del receptor de señales, podremos localizar fácilmente a Munnery.

—Si usted lo dice… Sólo temo que le hagan algo.

—Oh, por esa parte, no hay cuidado. Al menos, durante cierto tiempo. Primero tienen que conocer la fórmula de la «blainyta-5», ¿comprende?

Sybila se dirigió a su dormitorio, del que salió a los pocos momentos, vestida con un traje de una sola pieza, de color negro. Mostraba un aspecto fascinante y Garth se quedó embobado al verla.

Ella se dio cuenta de la admiración que sentía el hombre y se ruborizó, aunque también se sintió complacida.

—Vamos —dijo, agarrándole por un brazo—. Déjese de mirar; hay cosas más importantes que hacer.

—La culpa no es mía —contestó él intencionadamente—. Uno mira lo que tiene delante. Si no le gusta, vuelve la cabeza a un lado. Si le gusta…

Segundos antes, Nate Street se había apeado frente a la casa de Sybila. Sólo un hombre le había acompañado y Street quería pasar por un tipo corajudo.

—Espérame aquí, Ralph —dijo—. Éste es un asunto que puedo manejar yo solo.

La puerta se abría cuando se disponía a llamar. Veloz como el pensamiento, sacó una pistola y encañonó a la pareja.

—¡Quietos! ¡No se muevan! —ordenó.

Garth y Sybila se detuvieron en el acto.

—¡Street! —exclamó Garth.

—Yo mismo —sonrió el interpelado—. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Street movió la mano izquierda.

—Salga, señorita Creil —ordenó—. Pero no pase por delante de mí; no quiero que me juegue otra mala pasada.

Muy pálida, Sybila dirigió una mirada de consulta a Garth.

—Vaya —indicó el joven.

Sybila se separó de él, con paso vacilante. Al hallarse junto a su atacante, vio que Street levantaba la mano armada.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer? —gritó.

—Deshacerme de este entrometido, naturalmente —contestó.

Sybila lanzó un terrible chillido, a la vez que se abalanzaba contra Street y le pegaba un fortísimo empellón con ambas manos.

Street vaciló. Un juramento se escapó de sus labios, mientras trataba de recobrar el equilibrio.

En el mismo instante, unas manos con dedos de acero aferraron su muñeca. Street sintió un tremendo dolor en el brazo y luego se encontró volando por los aires.

Su cuerpo hizo un ruido sordo al chocar contra la tierra. Quedó en el suelo, encogido, gimiendo de dolor. Ni siquiera se preocupaba ya de la pistola, que había pasado a manos de Garth.

—Ahora mismo, este tipo va a decimos…

—¡No, Wences! —gritó Sybila.

Garth se volvió hacia la joven.

—¿Qué pasa? ¿Es que no se da cuenta de que es un esbirro de Nobelius?

—Munnery está en peligro. Tenemos que rescatarlo —dijo ella.

—Bueno, Street nos dirá, en todo caso…

—¿Y si lo llevan a un escondite que él no conoce?

Era un argumento digno de ser tenido en cuenta, admitió Garth.

—Está bien, vamos.

Echaron a correr. Un hombre les salió al encuentro cuando ya cruzaban la valla del jardín.

—Oigan, he oído gritos… —dijo el acompañante de Street.

—Ahora oirá campanas —contestó Garth, a la vez que disparaba su puño derecho.

El sujeto cayó al suelo con los pies por alto. Garth empujó a la muchacha hacia el coche que el otro acababa de abandonar.

—Suba —indicó.

—Wences, éste no es mi coche…

—Tiene motor y cuatro ruedas, ¿no?

Garth se sentó tras el volante y arrancó. El receptor de señales continuaba en funcionamiento. Los tañidos eran claros y nítidos.

El automóvil corrió a toda velocidad. A fin de no preocuparse por el problema de conducir y escuchar las señales, Garth entregó el receptor a Sybila.

De repente, cesaron las campanadas.

—¡Wences! ¡Ya no hay señales! —exclamó ella.

—Se habrá averiado el aparato —calculó Garth—. Con estas peleas…

—Es imposible —adujo ella—. Yo lo veo intacto.

—Por fuera, pero por dentro, ¿quién sabe?

Sybila se mordió los labios,

—Pare, Wences, por favor —rogó.

Garth arrimó el coche a la cuneta.

—¿Y ahora?

—Tenemos que volver a casa ineludiblemente —declaró Sybila —. Si el otro receptor no funciona, es que han registrado a Munnery e inutilizado el emisor.

—Y si funciona, lo encontraremos —contestó él—. Bien, volvamos.

Hizo dar la vuelta al coche y emprendió el regreso a toda velocidad. Cinco minutos más tarde, el vehículo se detuvo.

—¿Qué le pasa, Wences? —preguntó Sybila, alarmada.

Garth emitió una maldición.

—Estos imbéciles —dijo—. Han sido capaces de agotar hasta las baterías de emergencia. Van a cometer un secuestro y ni siquiera se les ocurre tener el coche en condiciones.

Sybila estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Tendremos que volver a pie? —preguntó.

—Mucho me temo que sí —suspiró Garth, mientras abría la portezuela del vehículo.

Cuando llegaron a casa, Street y su acompañante habían desaparecido.

* * *

Munnery cubrió los últimos kilómetros del trayecto con los ojos vendados por un espeso paño negro, que le impedía ver en absoluto.

Cuando el vehículo se detuvo, sus captores le hicieron descender y le guiaron con toda cortesía. Momentos después, Munnery se sentó en una silla.

Alguien entró en la estancia.

—Déjennos solos, muchachos —dijo el recién llegado.

—Sí, señor.

—Han hecho una buena labor. Gracias.

—No resultó difícil —rió el jefe de los secuestradores.

Munnery se quedó solo con el otro.

—Puede quitarse la venda, Loth.

El prisionero obedeció. Durante unos segundos, parpadeó, deslumbrado.

Luego miró al hombre que tenía frente a sí y lanzó un agudo grito de sorpresa.

—¡Usted!

El otro sonreía tranquilamente.

—Sí, yo mismo —contestó.

—Pero le creíamos muerto…

—Desaparecí, simplemente. Me convenía en aquellos momentos.

—¿Por qué lo hizo?

—Tenía motivos que a usted no le interesan, Loth.

—Y ahora me ha secuestrado… como a los otros tres —dijo Munnery, sintiéndose aterrado repentinamente.

—Es cierto, Loth.

—Los asesinó.

—Nada de eso. Están vivos y en perfecto estado de salud, aunque en determinadas condiciones que no son del caso mencionar por ahora.

Munnery se pasó la mano por la garganta.

—Entonces, ¿no me matará usted? —preguntó.

El otro se echó a reír.

—¡Qué cosas tiene, Loth! —dijo de buen humor—. Matarle yo a usted, a uno de mis más preciados colaboradores… Por cierto, ¿recuerda usted la fórmula que sirve para llegar a la «blainyta-5»?

—Sí, claro. Es un poco larga y complicada, pero me la aprendí bien.

—Estupendo, amigo Loth. Por ahora, es todo lo que quería saber. No tema, insisto, no le haré el menor daño, salvo si se considera que deberá permanecer encerrado una temporadita.

—Pero, doctor…

—Por favor, Loth, por favor; le digo que no tiene nada que temer de mí. Le tratarán bien, comerá y beberá cuanto le apetezca y… bueno, no menciono la compañía femenina porque las mujeres son siempre una fuente de disgustos.

—Ni yo lo aceptaría —protestó Munnery orgullosamente—. Amo demasiado a mi esposa para cometer una indignidad semejante.

—Un sentimiento que le honra, Loth. Volveré pronto.

—Sí, doctor.

Horatio Blain salió de la habitación. Munnery se quedó solo, entregado a pensamientos que no tenían nada de agradables.

De pronto, oyó voces. La puerta había quedado entreabierta.

—Bien —dijo alguien—, ya tenemos al cuarto personaje. Ahora falta la chica.

—Antes hay que hacer otra cosa, Wetty —dijo Blain—. ¿Has leído los periódicos?

—Sí, desde luego.

—Traen noticias muy interesantes. Creo que el amigo Nobelius nos está solucionando los problemas. Casi podríamos quitarlo de en medio.

—¿Usted cree, doctor?

—¿Por qué no? Nobelius no desaparecería; simplemente, cambiaría de personalidad.

—Doctor, yo le entiendo a usted, pero, a pesar de todo, hay algo que no acaba de convencerme. ¿No le parece que mil millones son muchos millones para que el gobierno los suelte así, tan alegremente?

—A Nobelius se le fue la mano pidiendo dinero, en efecto, pero ya está hecho y no podemos rebajar la cifra. Lo tomarían como síntoma de debilidad.

—Bueno, bueno, como usted diga. Pero, a pesar de todo, la chica sigue sin aparecer…

Blain sonrió.

—Oh, ése es un problema resuelto —contestó—. Munnery conoce su domicilio. ¿Algo más, Wetty?

Munnery oyó las precedentes palabras y se prometió no revelar a nadie la dirección de Sybila. Pero, al mismo tiempo, se conocía a sí mismo y conocía su debilidad ante el dolor y el sufrimiento.

—Eso es todo, doctor, salvo una pregunta: ¿Qué hacemos con Nobelius?

La respuesta de Blain fue contundente:

—¡Quítalo de en medio, Wetty, a él y a toda su pandilla!

CAPÍTULO X

El periódico era del día anterior, pero Garth estaba muy enfrascado leyendo la noticia de primera plana:

AL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Confío en que todo el mundo haya sabido apreciar la veracidad de mis palabras al anunciar la voladura de la cima del Pike's Peak. Los esfuerzos para encontrar los explosivos resultaron infructuosos.

Como resultarán también todos los que hagan para encontrarme o encontrar la carga que hará saltar la Tierra en mil pedazos, si no se atienden mis demandas.

Cuando estas líneas salgan a la luz, cierto alto funcionario de la Tesorería habrá recibido una carta con instrucciones para entrevistarse conmigo en la fecha, hora y lugar que se indican en dicha carta. Durante la entrevista, trataremos de la forma de entrega de los mil millones que solicito.

La entrevista, naturalmente, se celebrará a solas, sin que nadie intente estorbarla o atacarme. En tal caso, provocaría una pequeña explosión, más o menos como la que se produjo hace algunas semanas en las inmediaciones de Pinesboro.

¡Recuerden todos: Mil millones o la Tierra será destruida!

Dr. Nobelius

—¡Ese tío está loco, loco de remate! —masculló Garth, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—No lo crea, Wences.

Garth se puso en pie. Sybila salía en aquel momento de uno de los dormitorios del departamento.

—Ya le dije cuáles son los efectos de la «blainyta-6» —continuó la joven—. Nobelius no fanfarronea, aunque lo crea así todo el mundo.

—Muy bien, demos por sentado que una carga de «blainyta-6» puede volar la Tierra. Pero él moriría también.

—Escaparía antes en una astronave.

—¡Hum! —dudó Garth—. Las astronaves no abundan tanto como se cree.

—Pero él lo tiene todo previsto o no amenazaría de esa forma —alegó Sybila.

—Eso es verdad. Sin embargo, para cumplir sus amenazas, le falta un requisito.

—¿Cuál, por favor?

—Usted, Sybila. La fórmula de la «blainyta-6» está dentro de su cabeza.

Ella se mordió los labios.

—Es cierto —admitió—. Y lo curioso del caso es que la recuerdo perfecta y nítidamente, como si tuviera delante de mí el cuaderno de notas en que estaba escrita.

—¿No podría olvidarla? —sugirió Garth.

—No. Y aunque lo intentase y llegara a conseguirlo, podrían arrancármela por medios hipnóticos. Mi subconsciente reaccionaría favorablemente a tal clase de estímulos.

Garth hizo un signo afirmativo.

—Tiene razón —convino—. Pero ¿por qué «repartir» la fórmula entre seis personas? Contando, naturalmente, al propio doctor Blain.

Sybila se quedó pensativa.

—No lo sé. Nunca nos lo explicó —repuso—, aunque tenga la impresión de que Blain temía algo o a alguien…

—¿Pronunció algún nombre?

—No, nunca. Siempre se mostró muy reservado al respecto. Lo único que nos dijo era que resultaría conveniente que cada uno conociese sólo una parte de la fórmula.

—Es decir, la «blainyta-6» es el súmmum y compendio de las cinco fórmulas anteriores.

—En efecto, así es —admitió la joven.

Garth meneó la cabeza.

—Una acción incomprensible —dijo—. Luego se separaron todos ustedes.

—Efectivamente. Blain nos dijo que quedábamos licenciados. Nos pagó una buena indemnización y nos separamos. Él desapareció y ya no he vuelto a tener más noticias suyas.

—Hasta ahí, todo está relativamente claro, Sybila. Lo que ya no comprendo es cómo acabó usted en el escenario del «La Rosa de Hierro».

La joven sonrió.

—Bueno, siempre fui muy aficionada a los juegos de manos. Una afición un tanto estrambótica, pero ¿qué quiere?, hay aficiones peores o para todos los gustos, ¿no cree?

—Sí, desde luego.

Sybila levantó ambas manos y movió ágilmente los dedos.

—Soy muy torpe para la música, auditivamente, me refiero; de otro modo, ahora sería una gran pianista —dijo—. Y los tiempos han cambiado, así que no puedo ir a un salón para trabajar como jugadora profesional. Perfeccioné mis habilidades y June Ughon me contrató.

—Bueno, Sybila, los prestidigitadores, y sin que yo quiera ofenderla, ya están muy vistos. No me explico el éxito que tenía en el local de June.

Ella seguía sonriendo.

—Hacía algunos trucos nuevos, ideados por mí —contestó—. Además, una chica guapa siempre atrae al público. Y más si… si va un poco escasa de ropa.—Entiendo. ¿Le gustaba aquella vida?

—Era un cambio diametralmente opuesto. Obtenía sensaciones agradables de mis actuaciones en público.

—Y tenía admiradores.

—¡Uf, como moscas! —rió ella—. Pero luego vino Nobelius con sus esbirros, pidiéndome la fórmula…

—¿Sabe que era Nobelius?

—No, porque entonces no me lo dijo, aunque lo he deducido después. Pero cuando me negué en redondo y empezó a amenazarme, decidí que lo mejor era desaparecer de la circulación durante una temporada. Tenía algún dinero ahorrado y podía vivir

sin trabajar unos cuantos meses.

—Comprendo. Fue una decisión que enfureció a June.

Sybila se encogió de hombros.

—Yo no tuve la culpa —contestó—. Además, empezaba ya a pensar en la conveniencia de buscar otro empleo.

—June le pagaría un sueldo magnífico si usted…

Sybila hizo un gesto negativo.

—No, ya no; decididamente, mi época de artista quedó atrás. —Se acercó a la ventana con paso lento—. Wences, ¿cree que estoy segura en su casa? —preguntó inesperadamente.

—Donde no está segura es en la suya, sobre todo después del ataque de Street.

—Pero él puede suponer que estoy aquí…

—Que venga si se atreve.

—Lo lastimoso del caso es que cuando llegamos nosotros ya se habían ido. Podrían habernos informado de la guarida de Nobelius.

—Estoy seguro de que Street volverá a atacar. Estaré prevenido y le haré hablar.

—¿Podrá con él, Wences?

—Usaré gas narcótico. Después…

Una exclamación repentina de Sybila interrumpió a Garth.

—¡Wences!

El joven se levantó y corrió hacia la ventana.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Allí, en la casa del otro lado. Un hombre en la azotea…

Garth no dejó hablar a la muchacha. Tiró con violencia de ella y la apartó de la ventana, justamente en el momento en que una bala llegaba de lo alto y penetraba con tremenda fuerza en la estancia.

El joven elevó los brazos, manoteó un poco, giró sobre sí mismo y luego se desplomó al suelo.

Sybila emitió un agudo chillido de espanto.

* * *

Satisfecho de su trabajo, Mark Sharkey desmontó el fusil y lo guardó en el maletín que había traído consigo.

Había sido un tiro perfecto. La bala había alcanzado a la víctima en el corazón.

Actuó con calma, sin prisas. Las prisas solían ser siempre nocivas.

Una vez hubo terminado, buscó la salida de la azotea y entró en el ascensor. Su amigo Coolin podía sentirse satisfecho.

Llegó al vestíbulo del edificio, lo atravesó y salió a la calle, sin fijarse en el sujeto que, apoyado en la pared, leía tranquilamente el periódico.

Su coche estaba estacionado a prudente distancia. Sharkey no volvió la cabeza siquiera; no convenía dar la sensación de que se sentía inseguro.

Cien pasos más adelante, alcanzó el coche. Abrió la portezuela, tiró el maletín al asiento posterior y se sentó tras el volante.

Entonces, alguien, súbitamente, abrió la portezuela trasera del otro lado y penetró en el vehículo. Sharkey se volvió, terriblemente sobresaltado.

—Arranque con cuidado o le abraso aquí mismo —dijo Garth.

Sharkey contuvo el aliento. Con las manos aferradas al volante, miró a través del retrovisor y reconoció a su asaltante.

—¡Garth!

—El mismo —sonó una voz alegre—. Yo no conozco su nombre, pero es igual. Dentro de poco me lo dirá, así como otros datos de indudable interés.

—Si cree que…

—Muchacho, el asiento que ocupa usted es fácilmente traspasable por una bala. Algo amortigua la potencia del proyectil, indudablemente, pero no tanto como para que no le llegue a la columna vertebral. Moriría instantáneamente o, en el mejor de los casos, quedaría paralítico para siempre. ¿Ha comprendido?

Sharkey hizo un forzado gesto de asentimiento.

—Bien, de momento, ha ganado la partida… pero sólo de momento —contestó—. Siempre hay una segunda parte, Garth.

—En lo que a usted se refiere, no. Arranque, yo le guiaré.

Sharkey puso el automóvil en marcha.

—Garth, estoy muerto de curiosidad —manifestó—. Yo apunté bien, soy buen tirador. ¿Cómo ha «resucitado»?

Garth soltó una risita.

—Se olvidó usted de los chalecos blindados —contestó—. Ciertamente, el impacto de la bala no fue agradable, pero salvé la

vida.

—Le disparé con un «Hipermagnum-12». El proyectil sería capaz de traspasar a una ballena.

—A usted le engañaron —dijo Garth desdeñosamente—. En todo caso, mi chaleco blindado está construido por uno que entiende del oficio y que lo hizo especial para mí. No habrá próxima vez; de lo contrario, le aconsejaría que emplease un cañón de setenta y cinco.

—Tal vez lo haga —aceptó Sharkey el consejo, furioso y humillado por el fracaso sufrido.

CAPÍTULO XI

Coolin se despegó de la mejilla la tira de tafetán adhesivo que cubría el rasguño y se lo contempló ante el espejo.

—La herida mejora —dijo satisfecho.

—Pero nosotros no —mascculló Fyldoss desde la puerta del baño.

Coolin se encogió de hombros.

—Hice lo que pude —contestó—. Los otros dos murieron, así que no fue una cosa de broma. Ya había atrapado a Munnery, de modo que los reproches sobran.

Se desinfectó el rasguño de nuevo y volvió a taparlo con otra tira.

A regañadientes, Fyldoss admitió las razones de su subordinado.

—No te culpo a ti, claro; hiciste lo que te fue posible —dijo conciliadoramente—. Eso fue cosa de ellos —añadió.

—Se ve de lejos. Tienen un buen servicio de información.

—Sí, es cierto. Sólo de ese modo pudieron llevarse al que tenía la fórmula de la «blainyta-4».

—Lo malo es que tienen a todos los demás.

—Salvo a la chica.

—El diablo sabe dónde está —farfulló Coolin.

—Por qué no llama a Street. No he visto tipo más tonto… Dijo que ya la había localizado y han pasado casi cuarenta y ocho horas desde entonces. Ni siquiera ha dado señales de vida.

—Jefe…

Fyldoss no le dejó seguir.

—¡Doctor! —corrigió, con un bramido.

—Lo siento, se me había olvidado. Doctor, con respecto a Street

se me ocurre una cosa.

—Habla, Jim.

Coolin terminó su aseo personal y se volvió hacia Fyldoss.

—Usted le metió el miedo en el cuerpo —dijo—. Ahora está buscando a la chica como un loco…

—Pero ¿no dijo que ya la había localizado?

—Bueno, de alguna manera, fracasó. Ahora, es lógico, no quiere presentarse hasta que no la traiga.

Fyldoss rumió aquellas palabras.

—Bueno —dijo a poco—, le daré veinticuatro horas más. Y si para entonces no aparece…

—¿Qué haremos, doctor? Yo creo que se precipitó usted un poco. Mientras no atrapemos a la chica, no dispondremos de la «blainyta-6».

Fyldoss suspiró.

—Tendríamos que volver a pedir dinero a la gente —contestó—. Tú ya conoces el procedimiento.

—Sí, doctor, lo conozco.

Interiormente, Coolin empezó a despreciar a Fyldoss. Había jugado muy fuerte, apostando sobre mil millones… y ahora se conformaría con mendigar algunos cientos de miles, tal vez uno o dos millones, sobre la base de un chantaje vulgar y corriente.

Pero Coolin, a su modo, era también un filósofo. «A fin de cuentas, menos es nada», se resignó.

Y quizá fuera más prudente y productivo pedir poco y conseguirlo, que no pedir demasiado y no recibir nada, concluyó así sus poco consoladoras meditaciones.

* * *

La pesada mano de June golpeó con fuerza. Mark Sharkey gritó mientras daba dos vueltas en la habitación, antes de estrellarse contra la pared del fondo.

June se volvió satisfecha hacia Garth.

—Todavía conservo mi potencia —dijo—. Y eso que he perdido ya dos kilos y medio.

Garth hizo un gesto con la mano.

—Pero el tipo no quiere hablar —alegó.

—Déjalo de mi cuenta —pidió June.

Sharkey estaba desmoralizado por completo. Era un hombre de complexión corriente y nunca había sido aficionado a la violencia. Las armas, de cualquier clase que fueran, evitaban el empleo de lo que él, con su filosofía particular, llamaba métodos poco dignos de una persona civilizada.

June Ughon, sin embargo, opinaba de un modo diametralmente distinto.

—Los asesinos profesionales me dan náuseas —dijo, mientras se lanzaba de nuevo sobre Sharkey.

Garth encendió un cigarrillo plácidamente. June arreó un par de sopapos más al asesino y Sharkey se rindió.

—Está bien, basta ya, no me pegue más —suplicó—. Le diré todo lo que quieran saber…

—Empezando por el nombre —advirtió Garth desde el sillón en que estaba sentado.

—Sharkey, Mark Sharkey.

—Ese nombre me suena —manifestó June—. Creo que una vez me lo citó el teniente Ordwin. Hablaré luego con él, a ver si le interesa ponerle la mano encima a este pájaro.

—De acuerdo, June, pero ahora pregúntale quién le pagó por asesinarme —indicó Garth.

—Ya lo has oído, Sharkey. ¡Contesta!

—Era un tipo llamado Coolin —informó el abatido Sharkey.

Garth alzó las cejas.

—¿Coolin? Yo creí que sería Street —se extrañó.

—Se llama Coolin —insistió el prisionero.

—June, dile que lo describa —pidió Garth.

—Muy bien, Sharkey, danos su descrip… —De pronto, June se volvió hacia Garth con las manos puestas en sus anchas caderas—. Wences, por todos los diablos, ¿es que no puedes preguntárselo tú mismo? No necesitas intérprete, que yo sepa.

Garth se echó a reír.

—Está bien. Sharkey, describa a Coolin.

—Un metro setenta, treinta y siete años, muy rubio, ojos claros, nariz achatada, cicatriz en el lado izquierdo de la mandíbula…

—¡Chico, qué bien recitas! —se admiró June—. Pero ése no es Street, Wences.

—No, no es Street —corroboró Garth, muy pensativo—. Sharkey, ¿ese Coolin mencionó alguna vez a un tal Nate Street?

—No mencionó a nadie —dijo Sharkey hoscamente.

—¿Cuánto te pagaron? —inquirió June.

Sharkey apretó los labios. June le atizó una patada en un muslo que le hizo lanzar un aullido.

—Vamos, responde. Yo no soy del fisco y no te voy a cobrar impuestos —rezongó la dueña del local.

—Seis mil —dijo Sharkey con los ojos llenos de lágrimas.

—Es evidente que Coolin no actuaba por cuenta propia, sino de otra persona —presumió Garth—. Sharkey, ¿le dijo Coolin quién le había encargado mi asesinato?

—No, insisto en que no dio ningún nombre.

—Pierdes el tiempo, Wences —dijo June—. Coolin no era un tipo tonto y a Sharkey, a fin de cuentas, lo único que le interesaba era el dinero.

Garth se puso en pie y aplastó el cigarrillo en un cenicero próximo.

—Eso es cierto —convino—. Bien, yo tengo que irme. ¿Te encargas tú de Sharkey?

—Por supuesto. Ahora mismo llamaré al teniente Ordwin para que lo tenga una temporada en la sombra.

—Si quieres que aguarde… Sharkey quizá te plantee problemas.

June se echó a reír. Luego agitó una mano.

—Ven, Sharkey —invitó.

El asesino obedeció con recelo. June disparó de pronto su puño y Sharkey se desplomó en el acto, sin conocimiento.

—Ésta es una manera muy adecuada de evitar ciertos problemas —dijo jovialmente.

Garth asintió con una sonrisa y salió del despacho. Tenía prisa por llegar cuanto antes a casa, para sentirse de nuevo junto a Sybila.

* * *

Llamaron a la puerta. Sybila estaba leyendo una revista y se levantó para abrir.

Cruzó la sala con paso fácil y elástico. Abrió la puerta y se

encontró ante dos sujetos, uno de los cuales empuñaba una pistola.

—¿Qué tal? —sonrió Nate Street—. Señorita Creil, no alce la voz o lo pasará muy mal.

Sybila creyó que se le paraba el corazón. La boca del arma se apoyó en su estómago y Street empujó suavemente hacía delante, haciéndola retroceder.

—Te lo dije, Brod —habló Street por encima del hombro—. Si la señorita Creil no estaba en su casa, cabía la posibilidad de que estuviese escondida en la de Garth. Y así ha sido —añadió, satisfecho.

—Usted tenía razón —contestó, admirado, Brod Müller—. Oiga, la chica es guapa de veras.

—Sí, pero nos interesa mucho más lo que hay bajo su hermosa cabellera —contestó Street.

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo? —preguntó Sybila, procurando mantener la serenidad

—Llevárnosla de aquí, por supuesto —replicó Street.

—Gritaré…

Street soltó una risita que heló de frío a Sybila.

—No gritará —aseguró.

—Al menos díganme adónde me llevan —suplicó ella.

—No nos tome por tontos. Quizá tiene por ahí alguna grabadora en marcha. Ya lo sabrá cuando se acabe el viaje.

Los ojos de Sybila fueron hacia su bolso, que estaba sobre un sillón. En su fuero interno, lamentó haber obrado con tanta ligereza. Debía de haber estado prevenida; Garth tenía llave del piso y no necesitaba, por tanto, llamar a la puerta.

Street adivinó el significado de aquella mirada y dio una orden:

—Brod, el bolso, rápido.

Müller volcó el bolso y su contenido se esparció sobre el sillón. El emisor de señales quedó al descubierto.

—No toques esa cajita negra —indicó Street.

Miró de nuevo a la joven y sonrió.

—Si es algún emisor de señales, no le servirá para nada —añadió.

—Tendrán que taparme la boca para que no grite —dijo ella, muy sería.

—Eso es fácil —contestó Street.

Y apretó el gatillo de su pistola.

Un chorro de vapor, que tenía un olor dulzón, le dio de lleno en la cara. A pesar de sus esfuerzos, Sybila no pudo evitar que parte del gas llegase a sus pulmones.

Pero no cayó. Simplemente notó que perdía la voluntad.

—Salga —ordenó Street—. Vendrá con nosotros y se portará con entera normalidad, como si usted y yo y Brod Müller fuéramos los mejores amigos del mundo.

—Sí, señor —respondió Sybila mansamente.

CAPÍTULO XII

Garth llegó a su casa, abrió la puerta y dio dos pasos en el interior de la sala.

—Sybila debe estar por alguna parte —murmuró.

Se acercó a una consola y destapó una botella, inclinándola acto seguido sobre una copa. Luego se llevó la copa a los labios, pero no llegó a probar su contenido.

La imagen de un bolso volcado y su contenido esparcido, sobre el asiento de uno de los sillones golpeó con fuerza su mente. Dejó la copa y corrió hacia el sillón.

El emisor de señales había quedado junto a los demás objetos contenidos en el bolso. Garth se sintió presa en el acto de un oscuro presentimiento.

—¡Sybila! —gritó.

Sólo tuvo como respuesta un silencio absoluto. Corrió a las habitaciones interiores y las encontró vacías, así como la cocina y el baño.

Empezó a pensar en lo peor para la joven. De ningún modo, se dijo, habría salido Sybila de su casa sin llevarse el bolso, con todos los objetos corrientes que una mujer suele transportar. Pero mucho menos sin el emisor de señales.

Resultaba claro que Sybila no había salido voluntariamente de la casa. Se la habían llevado a la fuerza, ya no cabía la menor duda.

—Pero ¿cómo ha podido esta mujer…?

Hizo saltar el emisor de señales en la palma de la mano. Después de unos minutos de reflexión, encontró el plan que le parecía más adecuado para rescatar a la joven.

Segundos más tarde, tenía la imagen de June en la pantalla de su videófono.

—Necesito que me hagas un favor, June —dijo.

—A ti te pasa algo, Wences —adivinó ella.

—Es cierto. Han raptado a Sybila.

—¿Cómo? Esa no es ninguna noticia nueva…

—La había encontrado y estaba en mi casa, escondida. Pero ellos la volvieron a encontrar y…

—Y tú, miserable, incumpliendo nuestro trato, no me habías dicho nada —bramó June, repentinamente enfurecida.

—Escucha, mujer, tenía razones para mantenerla oculta —alegó Garth—. Si hubiese vuelto a actuar en tu local, ellos la habrían visto también…

—Pero yo la hubiese defendido con uñas y dientes y no habría permitido que se la llevasen, estúpido. ¿Por qué no te das baja de la profesión, mulo de dos patas?

Garth se hartó

—Oye, June, preciosa, dime de una vez si estás dispuesta o no a ayudarme. Si no lo estás, buscaré a otro…

—Está bien, está bien; eso me pasa a mí por tener el corazón demasiado blando —se lamentó June—. ¿Qué diablos quieres?

—Tú conoces ahí a mucha gente y puedes hacer que tus amigos empiecen a rastrear y buscar informes, que la policía quizá no obtendría. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Sí, desde luego; pero, dime, ¿no tienes idea, al menos, de quién la ha raptado?

—Si no es Street, no se me ocurre ningún otro nombre.

—Street —repitió ella, pensativa—. Muy bien, haremos lo que podamos, pero antes me dirás una cosa, Wences.

—Sí, June.

—Quiero que seas sincero. ¿Amas a Sybila?

Garth vaciló un momento.

—Me parece que sí, June —contestó al cabo.

Ella lanzó un suspiro que hizo vibrar el cristal deslustrado de la pantalla.

—No cabe la menor duda; es una mujer de suerte —aseguró melancólicamente.

* * *

Sybila estaba sentada en una silla, rígida, erguida, con las manos sobre el regazo.

Fyldoss se había situado frente a ella, con la grabadora al alcance de una de sus manos. En la otra sostenía un micrófono conectado a la máquina.

—Vamos, vamos, sea buena y hable —dijo con acento persuasivo.

—No —contestó ella, apretando mucho los labios.

—Me disgustaría recurrir a otros medios…

—Recurra si quiere. Tendrá que matarme antes de que consienta en hablar.

—¡Matar! ¡Qué palabra tan fea! Nadie ha dicho aquí una cosa semejante…

—¿De veras? ¿Y los otros cinco, incluyendo también al doctor Blain?

—No tengo la más remota idea de dónde pueda encontrarse el doctor Blain —manifestó Fyldoss—. En cuanto a los restantes, puedo garantizarles que tres, por lo menos, se fueron vivos de aquí.

—¿Y Munnery?

—A ese no le he visto. No sé dónde está.

—¿De modo que conoce cuatro fórmulas de la «blainyta?

—Así es. Faltan la número cinco y la suya, señorita Creil.

—En tal caso, sería inútil que yo le dijera mi fórmula.

—¿Por qué? —inquirió Fyldoss.

—La «blainyta-6» es el compendio de las otras…

—Oh, eso no tiene importancia —sonrió el individuo—. Es como si tuviese una rueda de seis radios y me faltasen dos. Encontrando el sexto, sabría construir fácilmente el quinto. ¿Lo comprende ahora? Resulta muy fácil completar un rompecabezas al que sólo le falta una pieza.

—Dos —puntualizó Sybila.

—Una, porque usted me dará la pieza que me falta.

—He dicho que no. No insista, por favor. Tortúreme si quiere, pero no…

—Está bien —suspiró Fyldoss—. Los otros también se negaron, pero acabaron por ceder.

—¿Cómo lo consiguió?

Fyldoss dejó el micrófono sobre la mesa.

—Ahora mismo lo sabrá —respondió.

Dio la vuelta a la mesa, abrió un cajón y extrajo del mismo una cajita de metal, cuya tapa levantó acto seguido.

Dentro de la caja había varios tubos de cristal de unos dos centímetros de largo por doce o catorce de longitud. Cada uno contenía una jeringuilla de inyecciones, ya preparada y conservada estéril en el interior del tubo.

Fyldoss rompió uno de los tubos y sacó la jeringuilla. Sybila adivinó las intenciones del sujeto.

Su primer pensamiento fue abandonar la silla, pero decidió esperar. Fyldoss mojó un algodón en alcohol y se acercó a ella.

—No se resista, por favor —pidió cortésmente.

El algodón frotó la piel desnuda del brazo izquierdo. Sybila se lo pidió luego.

—Deje, yo me desinfectaré al terminar.

—Muy amable, señorita Creil.

El algodón, empapado en alcohol, pasó a la mano de Sybila, quien, en el momento en que Fyldoss se disponía a clavarle la aguja, se lo frotó con fuerza en los ojos.

Fyldoss lanzó un agudo grito al sentir en los ojos el escozor del alcohol. Sybila se puso en pie y le propinó un terrible empellón que lo lanzó contra la mesa.

La jeringuilla cayó al suelo y se rompió. Fyldoss, cegado momentáneamente, daba vueltas por la habitación, a la vez que emitía unos gritos ensordecedores.

El escándalo atrajo inmediatamente a Street y a Coolin.

—Sujétenla, sujétenla —ordenó Fyldoss, a la ver que extendía ambas manos, para caminar a tientas.

Coolin y Street se precipitaron sobre la joven. Sybila se resistió con todas sus fuerzas, pateó un par de espinillas, pero acabó siendo vencida.

Fyldoss pasó al cuarto de baño contiguo, donde se lavó los ojos con agua abundante. Al cabo de unos minutos, había recobrado la visión normal.

Volvió a la otra habitación. Había dejado de sonreír.

—Está bien —dijo—. Ya no tendré más complicaciones con

usted. Jim, sujétale el brazo izquierdo.

—Descuide, doctor.

Fyldoss preparó otra jeringuilla. Luego, con el algodón en la mano izquierda, se acercó a la joven.

—Dentro de cinco minutos estará dictando la fórmula de la «blaynita-6» —aseguró.

La aguja se acercó a la piel del brazo de Sybila.

Ella lloró interiormente al darse cuenta de que la droga le impediría resistirse a los deseos de Fyldoss.

* * *

El grupo de hombres se había detenido hacía rato ante la casa, cuyas ventanas aparecían cerradas y sin luz. Wetty Dorhner consultó su reloj en la oscuridad.

Un hombre, vestido enteramente de negro y con una máscara ante los ojos, apareció de pronto.

—El paso está listo —informó.

—¿Había vigilantes, Tony?

—Uno. Ya no vigilará más —contestó el recién llegado con estremecedor acento.

—¿Trampas? ¿Alarmas?

—Un sistema de alarma, pero está desconectado. Repito, jefe, el paso está libre.

Wetty se volvió hacia los otros.

—Ya conocen mis instrucciones —dijo—. Nadie debe quedar vivo, a excepción del doctor Fyldoss. Todos los demás deben ser eliminados.

Hubo un coro general de exclamaciones de asentimiento. Luego, Wetty, vestido de negro y enmascarado, al igual que el resto de sus acompañantes avanzó hacia la casa.

Sus secuaces están bien instruidos, porque, sin necesidad de más explicaciones, se separaron por parejas e iniciaron el asalto a la casa.

Brod Müller oyó ruido en el vestíbulo y salió a ver qué pasaba. Encontró a dos enmascarados, uno de los cuales le disparó una ráfaga con una metralleta de tamaño ridículamente pequeño. Müller se desplomó, con el pecho acribillado.

Dos hombres más surgieron y murieron instantáneamente, sin saber qué les había pasado. Satisfecho, Wetty se lanzó a la búsqueda de Fyldoss.

CAPÍTULO XIII

Los disparos no producían demasiado ruido, pero sus estampidos llegaron a la habitación. Fyldoss volvió la cabeza.

—¿Qué diablos pasa ahí afuera? —exclamó, malhumorado.

Street y Coolin se volvieron hacia la puerta. Sybila aprovechó la ocasión para sacudir el brazo con fuerza. Su codo golpeó la mano de Fyldoss y la segunda jeringuilla saltó por los aires.

Fyldoss lanzó una maldición. La puerta se abrió en aquel instante con terrible violencia.

Street pudo disparar una vez. Su proyectil alcanzó en la frente a uno de los asaltantes, que cayó muerto en el acto.

Los que le seguían dispararon sus metralletas. Coolin chilló, pero sus gritos fueron ahogados inmediatamente cuando una ráfaga de balas le destrozó la boca.

Street recibió una andanada de tiros en el estómago y se desplomó aullando. Una segunda salva le acalló definitivamente.

Fyldoss, aterrado, levantó las manos.

—No disparen, no disparen… Me rindo —suplicó atemorizado.

Un hombre irrumpió en la estancia. Wetty contempló satisfecho el espectáculo.

—¿Qué tal, doctor Fyldoss? —saludó.

—No… no le conozco a usted…

—Ése es un detalle sin importancia. —De pronto, Wetty reparó en algo que se movía detrás de un sillón—. ¿Quién está ahí? —preguntó bruscamente.

Sus hombres prepararon las armas. Sybila se levantó poco a poco.

—Yo no tengo nada que ver con el doctor Fyldoss —dijo—.He sido traída aquí a la fuerza.

Wetty la contempló con interés.

—¿Quién es usted, señorita?

—Mi nombre es Sybila Creil…

—¡Sybila Creil! —repitió Wetty, asombrado. Luego se echó a reír—: ¡Pero qué afortunada coincidencia!

Se volvió hacia Fyldoss.

—¿La raptó usted? —preguntó.

Fyldoss asintió en silencio. Wetty volvió a reír.

—Esto sí que se llama matar dos pájaros de un tiro —dijo—. Sospecho que hay quien se va a llevar una enorme y alegre sorpresa esta misma noche.

—¿Puedo conocer el nombre, señor? —preguntó Sybila.

Wetty la miró largamente.

—Lo sabrá a su tiempo —respondió. Una vez más, se encaró con Fyldoss—. Usted se va a venir con nosotros, doctor.

—Pero yo…

Wetty hizo un gesto con la mano.

—Llévenselos —ordenó fríamente—. Trátenlos con todo género de consideraciones, pero no permitan que se escapen ni tampoco que griten.

Uno de los enmascarados se le acercó.

—Señor, Boris ha muerto —informó.

Wetty asintió.

—¡Una lástima! —contestó—. Pero no podemos llevarlo con nosotros, Rodler.

—Sí, señor.

Sybila y Fyldoss salieron de la estancia, custodiados por los enmascarados. La joven se sentía tremendamente decepcionada.

Por un momento, había creído en su libertad. Ahora se daba cuenta de que había sido hecha prisionera por otra banda, cuyos miembros tenían aún menos escrúpulos que Fyldoss y los suyos.

Los dos cautivos fueron conducidos a un automóvil que aguardaba en el exterior. Wetty llegó a los pocos momentos, portador de una cartera repleta de papeles.

—Listos —dijo, al subir al coche—. Ya podemos irnos.

Cuando el vehículo se ponía en marcha, volvió la cabeza. A

través de algunas de las ventanas, se divisaba un resplandor rojizo de inconfundible significado.

* * *

El timbre del videófono sonó de pronto. Garth despertó sobresaltado y casi se cayó al suelo en su ansia por llegar al aparato.

—Diga —exclamó ansiosamente, apenas hubo establecido la comunicación.

La cara de June aparecía en la pantalla.

—Tengo noticias para ti, galán —dijo.

—¿Buenas?

—Para decirte que no he conseguido nada, no hacía falta que te llamara, ¿verdad?

Garth ardía de impaciencia.

—¿Quieres hablar de una vez? —pidió, exasperado.

June sonrió maliciosamente.

—Sí, hombre, sí. ¡Qué calamidad son los hombres enamorados! —se burló—. Toma nota, Wences.

Garth escribió febrilmente. Luego dijo:

—No sé cómo te pagaré el favor, pero te pagaré, créeme.

—Págaselo en mi nombre a Sybila —suspiró ella.

Garth corrió a vestirse. Cuando ya estaba a punto de salir, reflexionó.

Sybila había sido raptada por sus conocimientos sobre la fórmula de la «blainyta-6». Esto era algo que no admitía objeción.

Por tanto, el que había ordenado el secuestro era el doctor Nobelius.

Y la policía buscaba a Nobelius.

El asunto había llegado ya a un extremo que desbordaba sus posibilidades, pensó.

Momentos después, se ponía en contacto con su amigo, el oficial de policía.

—Dan, tengo algo interesante para ti —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó Key recelosamente—. Estoy libre de servicio…

—Voy a proporcionarte la ocasión de ganar un ascenso. Tú formas parte del equipo investigador de la explosión de Pinesboro.

—Sí, es cierto.

—Ahora mismo pasaré por tu casa a buscarte Voy a hacer que encuentres una buena pista sobre ese caso.

Aquellas palabras despertaron inmediatamente la atención de Key.

—¿Seguro, Wences?

—Absolutamente, Dan. Vístete y aguárdame dentro de quince minutos.

Garth fue puntual y Key no le anduvo a la zaga. Una vez reunidos, Garth lanzó el coche a toda velocidad en dirección a la casa señalada por June.

Garth explicó a su amigo algunos de los detalles que conocía por sus investigaciones. A Key no le cupo ya ninguna duda de que andaban por el buen camino.

Cuando llegaban a la casa de Nobelius, vieron muchas luces en la carretera. Un agente de tráfico les hizo señales de que se detuvieran.

—Sigan despacio —indicó—. Se ha producido un incendio y los coches de bomberos llenan casi por completo la carretera.

Garth miró hacia un lugar iluminado por los reflectores, del que se desprendían aún nubes de humo. Todavía funcionaban unas cuantas mangueras, arrojando agua sobre los rescoldos del incendio.

Algo le golpeó el corazón con fuerza.

—Dan, identifícate, por favor —pidió con voz angustiada.

Key enseñó su documentación. El guardia se llevó una mano al casco.

—Celebro conocerle, teniente —dijo—. La casa pertenecía a un tal doctor Fyldoss. No se conocen las causas del incendio, aunque sí se han encontrado algunos cadáveres, que ya han sido transportados a la «Morgue».

—¿Había alguna mujer entre los muertos, agente? —preguntó Garth con avidez.

El guardia se encogió de hombros.

—Lo ignoro, señor —respondió—. Yo no los he visto, pero he oído decir que habían quedado inidentificables, al menos, a primera vista. Vayan al depósito de cadáveres; allí le informarán —aconsejó.

Key volvió los ojos hacia su amigo. Garth hizo un signo de asentimiento.

—Sí, vamos allá, será lo mejor —convino Garth, a la vez que hacía arrancar el vehículo de nuevo. Interiormente, se hacía los más negros presagios.

Sybila estaba muerta. Si era así, retorcería el pescuezo a Nobelius o Fyldoss, o como quiera que se llamase, aunque fuera lo último que hiciese en este mundo, se prometió.

* * *

Los ojos de Fyldoss se desorbitaron al reconocer al hombre que entraba en la habitación en donde le habían encerrado tras su captura.

—¡Blain! —exclamó—. ¡Horatio Blain!

—Yo mismo —confirmó el mencionado, con la sonrisa en los labios—. ¿Sorprendido de encontrarme aquí?

—Le creí muerto —respondió Fyldoss.

—No. Sólo me retiré del mundo una temporadita. Sufrí una pequeña crisis moral, ¿comprende?

—Sus problemas personales no me importan en absoluto —respondió Fyldoss agriamente—. Lo que quiero es que me deje salir de aquí…

Blain continuaba sonriendo.

—¿Dejar salir a la persona que fue un día mi colaborador más inmediato? —dijo—. Pero ¡qué ideas tan peregrinas se le ocurren, Fyldoss!

—Cuando uno está encerrado, lo lógico es que desee salir, ¿no le parece?

—Fyldoss, será mejor que nos dejemos de filosofías baratas. La única idea buena que ha tenido usted es la de pedir mil millones de dólares. Confieso que a mí no se me hubiera ocurrido nunca, pero ya que usted puso el plan en marcha, yo decidí continuarlo, si bien es cierto que durante algún tiempo marché por un camino paralelo al suyo. Por el momento, me convenía —explicó Blain—; ahora, sin embargo, los dos caminos se han unido en uno solo… y yo dirigiré la marcha.

—No podrá, Blain.

—Eso ya queda de mi cuenta, Fyldoss. Mi colaborador inmediato me ha traído un gran número de papeles, pero faltan algunos

detalles, que usted me va a proporcionar ahora mismo.

—¿Y si me niego?

La voz de Blain se tornó de repente dura, despiadada.

—Inténtelo —dijo fríamente.

Hubo un momento de silencio.

Fyldoss cobró miedo. Conocía a Blain, pero no le había visto nunca bajo aquel aspecto.

Su frente se llenó de sudor.

—¿Qué… qué me dará a cambio? —pidió, con voz vacilante.

Blain sonrió.

—Una participación en los beneficios. Muy suculenta, desde luego —contestó.

Fyldoss se rindió.

—Está bien, hablaré —dijo.

CAPÍTULO XIV

Sybila no estaba muy conforme con su encierro y buscó la manera de evadirse.

Había un detalle que le confería cierta tranquilidad. Por el momento, su vida estaba segura.

Aunque la capturasen en el momento de la evasión, suponiendo que lo consiguiera, respetarían su vida. Por tanto, e incluso admitiendo la posibilidad de tal captura, debía intentar fugarse a toda costa.

Pero la habitación, si bien grande y excelentemente acondicionada, carecía de ventanas.

Sólo había una puerta, muy sólida, cerrada desde el exterior. ¿No habría otro modo de salir de allí?

Recorrió la estancia con la vista. De pronto, divisó algo que le hizo concebir esperanzas.

Puesto que no había aberturas, el aire se renovaba por unos conductos interiores. La rejilla de aireación estaba a poco más de dos metros del suelo.

Inmediatamente, tomó una decisión. Empujó una mesa y la situó bajo la rejilla.

Subió a la mesa. La rejilla sólo estaba encajada a presión y bastó un seco tirón para sacarla de su marco.

Dejó la rejilla en el suelo, sin hacer el menor ruido, volvió a la mesa y se izó a fuerza de brazos hasta el conducto de aireación, que medía unos sesenta o setenta centímetros de diámetro.

De pronto, cuando ya se había tumbado por completo dentro del conducto, oyó voces.

Escuchó unos momentos. Luego se arrastró poco a poco. Había una segunda rejilla a tres metros y se asomó con toda cautela.

Miró a través de la red. Había dos hombres conversando. Uno de ellos era Fyldoss. El otro…

—¡Increíble! —musitó.

—Está bien —dijo Blain de pronto—. Unos informes muy útiles, Fyldoss. Ahora voy a pagarle.

Blain sacó una pistola. Sybila se metió una mano en la boca para no gritar.

Fyldoss chilló espeluznado. La bala que le partió el corazón acalló sus gritos instantáneamente.

Pasaron algunos minutos. Sybila temblaba de pies a cabeza.

Dos hombres entraron en la habitación y contemplaron con indiferencia el cuerpo inerte de Fyldoss.

—El jardín es un sitio excelente para enterrarlo —indicó Blain con gran sangre fría.

—Sí, señor —contestaron a dúo los esbirros.

Momentos después, la estancia quedaba vacía. Sybila procuró recobrar la calma.

De nada le serviría perder los nervios. Ahora ya no confiaba tanto en salvar su vida.

Blain la mataría, una vez obtuviera la fórmula de la «blainyta-6».

—Y pensar que hubo un tiempo en que yo no miraba más que por sus ojos. Me parecía el hombre mejor del mundo, un científico de talla, un ser amable, bondadoso…

Y ahora le había visto asesinar a un hombre a sangre fría.

Rehaciéndose, agarró la rejilla y la desencajó. Luego se inclinó hacia afuera cuanto pudo, a fin de evitar un ruido demasiado fuerte al soltarla.

Momentos después, ponía los pies en el suelo. Corrió a la puerta y escuchó unos instantes.

Abrió poco a poco. Delante de ella había un pasillo corto, con dos puertas más.

Una de ellas estaba cerrada. La otra se abrió sin dificultades.

Había cuatro hombres sentados en torno a una mesa, jugando a las cartas. Al ruido de la puerta, se volvieron.

Sybila se quedó atónita al reconocerlos. Ellos no se mostraron

menos sorprendidos.

—¡Sybila! —gritó Munnery.

Los ojos de la joven recorrieron los cuatro rostros.

—Hadner, Olson, De Lara, Loth…—murmuró.

Munnery se levantó de un salto y corrió hacia ella.

—Pero, muchacha, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó, tomándola de las manos.

Hadner y los otros dos se levantaron también.

—¿Está prisionera? —preguntó De Lara.

Ella se recobró de la sorpresa.

—Estaba —contestó—. He conseguido escaparme.

—Por eso ha abierto la puerta desde el exterior. Por dentro no se puede, ya que no hay pomo —dijo Olson.

—Esta chica. —Hadner meneó la cabeza—. Tan dulce y tímida que parecía…

—Allí no tenía que enfrentarme con criminales y asesinos de la peor especie —dijo Sybila apasionadamente.

—¿Qué es lo que está diciendo? —inquirió De Lara.

Sybila volvió a mirarlos uno por uno.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo con insulsos comentarios —respondió—. Hablaremos mejor cuando estemos, a salvo. ¡Vamos!

Giró sobre sus talones y se asomó al pasillo. La puerta que quedaba estaba cerrada y no tenía pomo ni cerradura a la vista.

Sybila no se descorazonó. Volviéndose hacia sus antiguos compañeros, exclamó:

—¡Los conductos de aireación! ¡Nos llevarán a alguna parte!

Munnery no era el menos entusiasmado con la idea de la fuga. Olson y De Lara, los más altos, se encargaron de quitar la rejilla. Olson se asomó primero, pero no tardó mucho en dar una desagradable noticia:

—El tubo se estrecha a dos metros de la boca de aireación y su diámetro impide el paso.

Sybila se quedó consternada.

—Así pues, ¿hemos perdido el tiempo? —murmuró.

Reflexionó unos momentos. De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Tendrán que venir a buscarme —dijo—. Entonces, les

atacaremos.

—Estás armados —alegó Hadner temerosamente.

—La sorpresa también es un arma, ¿no?

Los otros no parecían convencidos, salvo, tal vez, Munnery, el de aspecto más tímido, apreció la muchacha. Pero no estaba dispuesta a rendirse sin lucha.

Agarró una silla y esperó junto a la puerta. De Lara se acercó a ella.

—Sybila, antes habló de criminales y asesinos. ¿Incluía en ellos al doctor Blain? —preguntó.

—Así es —contestó la joven.

—Con nosotros se ha portado siempre muy cortés y amable, aunque, naturalmente, lamentaba tener que mantenernos encerrados —declaró Olson.

—¡Menudo hipócrita! —calificó Sybila—. Escuchen, sus hombres cometieron varios asesinatos, delante de mis propios ojos. Y no hace todavía ni una hora, también delante de mis ojos, el propio Horatio Blain pegó un tiro a un antiguo colaborador suyo. Esto es tan cierto como que aquí estamos ahora congregadas cinco personas.

Un sentimiento de estupefacción invadió a los prisioneros. El único que no pareció extrañarse demasiado fue Munnery.

—Después de todo lo que he visto y pasado, sus palabras me parecen muy naturales, Sybila —manifestó.

—He dicho la verdad —aseguró ella.

—Pero, entonces, ¿por qué nos ha respetado la vida durante tanto tiempo? —preguntó Hadner, extrañado.

—Porque faltábamos Loth y yo —contestó Sybila en tono tajante.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Ahora estamos los cinco y yo poseo la fórmula de la «blainyta-6», que complementa, o no de ser complementada, tanto da, con las que ustedes le facilitaron. Una vez que compruebe que ya tiene la fórmula que tanto ansía, nos matará sin vacilar, créanme.

De nuevo la consternación invadió a los presentes. Pero, de súbito, De Lara, reaccionando, dijo:

—En todo esto hay algo muy extraño. Blain fue el descubridor de la «blainyta» y de sus sucesivas fórmulas. No tiene objeto, creo

yo, reunimos aquí para ir sonsacándonos unas fórmulas que él mismo nos facilitó tiempo atrás.

Sybila se quedó perpleja.

—De Lara tenía razón. La actitud de Blain parecía incongruente.

—¿Cómo no he reparado yo antes en ese detalle? —murmuró.

De pronto, se oyeron pasos en el corredor.

—Prepárese —dijo excitadamente—. Ya vienen.

Sybila entreabrió la puerta. Dos hombres aparecieron ante sus ojos.

Uno de ellos abrió la puerta de su encierro. Vio que el cuarto estaba vacío y pegó un chillido.

—¡La chica se ha fugado!

El otro se sobresaltó muchísimo.

—¡Imposible! No hay ventanas…

Pero unos segundos más tarde, se rendía a la evidencia.

—Corre, avisa al jefe —dijo a su compañero.

El esbirro desapareció escaleras arriba. Entonces, Sybila, actuando con repentina decisión, salió al pasillo y descargó un tremendo silletazo en la cabeza del sujeto, que se desplomó al suelo sin saber qué le había pasado.

Inmediatamente, se apoderó de la pistola. Los cuatro prisioneros estaban atónitos.

—¡Qué valor! —se asombró Hadner.

Sybila echó a correr hacia la salida. Debían de estar en un sótano, especialmente acondicionado para guardar a los prisioneros, calculó. La escalera que conducía al piso inmediato era bastante larga.

Cuando llegaba a la mitad, vio a dos hombres. Sin pensárselo dos veces, disparó la pistola.

Uno de los individuos se tambaleó, a la vez que empezaba a gritar como un poseso. El otro dio un salto lateral y se guareció a un lado de la puerta superior.

—¡Maldita sea, tire esa pistola, chica! —gritó Brod Müller, furioso por la inesperada reacción de Sybila.

—Baje a quitármela —le desafió ella—. Aunque lo mejor que puedo hacer es subir yo para abrirme paso.

—No se mueva —contestó Müller—. Si sube un solo peldaño más, la mataré.

Sybila se echó a reír.

—Conque me matará, ¿eh? Intente hacerme sólo un poco de daño y su jefe le despellejará vivo. ¿Es que no se da cuenta que soy más valiosa para él que todos ustedes juntos?

Müller soltó una maldición.

Sybila empleaba unos argumentos irrebatibles. Y lo peor era que el doctor Blain había salido y no podía pedirle consejo.

Sybila estaba cada vez más cerca. De pronto, uno de sus hombres se le acercó silenciosamente y le entregó una bola de color oscuro y de unos seis o siete centímetros de diámetro.

Los ojos de Müller se iluminaron. Su dedo pulgar presionó un saliente de la esfera y, acto seguido, la lanzó hacia delante.

La bola explotó a los pies de Sybila, disolviéndose instantáneamente en una espesa nube de humo grisáceo. Sybila gritó y chilló, pero la acción del gas narcótico era casi instantáneo y unos segundos más tarde, yacía sobre las escaleras sin conocimiento.

Reducir a los cuatro científicos prisioneros resultó para Müller un juego de niños, una vez salvado el obstáculo que suponían Sybila y su pistola.

CAPÍTULO XV

Wenceslao Garth miró con ansiedad a su amigo el policía.

—¿Nada?

Dan Key se acercó al aparador de los licores y se sirvió una copa.

—Nada —dijo.

Garth apretó los puños.

—Pero ¿dónde diablos puede estar? —masculló.

—Yo no lo sé, Wences, como puedes comprender. —Key tomó un sorbo—. Sin embargo, voy a echarte una mano.

Garth contuvo el aliento.

—¿Sí, Dan?

—Escucha, Wences, lo hago por amistad, pero me costaría el puesto y algo más si se supiera lo que estoy haciendo —manifestó Key—. Es algo que sólo saben muy pocas personas y si yo estoy enterado del asunto es porque, como sabes, formo parte del equipo investigador de la explosión de Pinesboro.

—Está bien, adelante, Dan —pidió Garth ávidamente.

Key hizo un gesto de aquiescencia.

—Esta noche, a las dos y media de la madrugada en punto, los jardines Roxmore, lado Oeste, junto a la estatua de Apolo.

—¿Qué va a pasar allí, Dan?

—Un alto funcionario de la Tesorería va a entrevistarse con el doctor Nobelius, es todo lo que puedo decirte —contestó Key.

—¿Vais a ir vosotros?

Key negó con la cabeza.

—No. El hombre de la Tesorería irá solo —contestó.

—Sybila está viva —dijo Garth pensativamente—. Su cuerpo no

apareció entre los cadáveres que se hallaron en la casa de Fyldoss. ¿Dónde está?

Key se encogió de hombros.

—Yo ya te he dicho todo lo que sé —respondió—. Mejor dicho, falta una cosa: Nobelius, en su carta reservada a ese funcionario, encargaba no ser seguido ni tampoco que le pusieran ninguna trampa, como rociar el suelo con sustancias fosforescentes, que resplandecen con luz ultravioleta y cosas de esas, ¿comprendes?

—Sí, Dan. ¿Se rinde el gobierno?

—De momento, sólo son negociaciones.

—Comprendo. Dan, ve tranquilo; no te comprometeré en nada.

Key estrechó la mano de su amigo.

—Suerte, Wences —le deseó.

Apuró la copa y se marchó.

Garth se quedó solo. Para animarse, se sirvió otra copa.

Era preciso seguir al mensajero, porque en el lugar al que acudiese después de la entrevista con el funcionario de la Tesorería, estaría Sybila.

Pero tenía que seguirle sin ser visto. Era preciso, por tanto, dar con el medio que le permitiese conseguir sus propósitos. Nobelius había advertido ya que no toleraría trampas y, por otra parte, Garth no quería dejar en mal lugar a su amigo.

De repente, sus ojos brillaron de un modo extraño. Acababa de concebir una idea que podía darle excelentes resultados.

—¿Sí, por qué no? —se dijo, mucho más animado después de haber dado con lo que creía la solución del problema.

* * *

Norbert Atkis era el encargado de parlamentar con Nobelius en nombre del gobierno. El señor Atkis se paseaba un tanto nervioso por las inmediaciones del lugar designado para la cita.

De cuando en cuando, consultaba su reloj. Faltaban ya pocos minutos para las dos y media.

En aquellos momentos, Garth estaba agazapado en el tejado de una de las casas situadas al otro lado de los jardines.

Llevaba allí desde el anochecer. Para ver por la oscuridad, se había puesto unas gafas que funcionaban con rayos infrarrojos.

Debajo de él había varios automóviles estacionados. Uno o dos se habían marchado antes de la hora señalada por Nobelius, pero Garth no había hecho caso de ellos.

Le interesaba uno de los vehículos. No sabía cuál era, pero confiaba en saberlo minutos después de las dos y media.

Norbert Atkins volvió a mirar su reloj. La hora de la cita había llegado ya.

—Estoy aquí —sonó una voz al otro lado de la estatua, cuyo pedestal medía más de dos metros de altura—. No se mueva, por favor.

—¿Nobelius? —preguntó Atkins.

—Sí, el mismo. Escuche bien mis instrucciones. Retroceda paso a paso, hasta que su espalda choque con el pedestal.

Atkins hizo lo que le decían.

—Ahora, alargue la mano derecha hacia atrás —ordenó Nobelius.

Atkins sintió que le ponían en la mano varias hojas de papel doblado en dos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una lista de los bancos, nacionales y extranjeros, con los nombres de las personas, en cuyas cuentas corrientes serán ingresadas las cantidades que también se mencionan —explicó Nobelius—. Naturalmente, el total asciende a mil millones.

—Pero ¿usted cree que el gobierno va a acceder a una petición tan disparatada?

Nobelius se echó a reír

—Ustedes verán lo que hacen —contestó.

—Doctor, no creo que usted sea capaz de volar el planeta —manifestó Atkins.

—Bueno, como usted quiera —dijo el otro con indiferencia.

Atkins se frotó la mandíbula.

—Yo… bueno, transmitiré la petición al gobierno…

—Si acceden, dentro de tres días, pongan un anuncio en la sección de «Personales» del «Post». Bastará con una sola palabra. «Blanco», significa que pagan. «Negro» querrá decir que prefieren que la Tierra salte en pedazos. ¿Ha entendido?

Atkins hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo. ¿Algo más, doctor?

—Eso es todo. Supongo que no me habrán tendido ninguna trampa.

—Váyase tranquilo —respondió Atkins.

—Ha sido un placer —aseguró Nobelius riendo—. Pero usted se irá primero. Y no vuelva la cabeza. Recuerde a la mujer de Lot.

—Sí, doctor.

Atkins echó a andar. Había algo que no le cabía en la cabeza. ¿Cómo podía todo un gobierno, poco menos que omnipotente, claudicar ante un megalómano, por mucho poder que éste pudiera?

En su observatorio, Garth continuaba mirando hacia el parqué. Nadie salió, sin embargo, por la puerta Oeste.

Consultó el reloj. Eran ya las dos y cuarenta y seis minutos de la mañana.

De pronto, el receptor que tenía en la mano empezó a emitir unas suaves señales musicales.

—Nobelius emprende la marcha —exclamó casi en alta voz.

Y sin prisas, pues estaba seguro de localizar su objetivo, se dirigió hacia la puerta que permitía la salida de la azotea.

* * *

Brod Müller acudió a recibir a su jefe, cuando ya faltaba muy poco para el nuevo día.

—Hola, Brod —saludó Blain, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja—. Traigo buenas noticias.

—Falta hacen —contestó el esbirro de mal humor.

—¿Qué pasa? —se asombró Blain—. ¿Ha ocurrido algo?

—La chica intentó escapar y ha herido a dos de mis hombres.

—¿Qué?

—Utilizó los conductos de aireación. Incluso llegó hasta la habitación donde estaban los cuatro prisioneros. Atacó con una silla a Roff y se apoderó de su pistola, con la que pegó un tiro a Kike Guinn. Menos mal que pude tirarle una granada de gas narcótico.

—¡Caramba con Sybila! Y parecía incapaz de romper un plato —exclamó Blain asombrado—. ¿Qué hace ahora?

—Duerme —contestó Müller.

—Bien, yo la despertaré. Ah, olvidaba darte las buenas noticias, Brod —sonrió Blain.

—¿Acudió a la cita?

—Fue puntual.

—Y aceptó.

Blain se echó a reír.

—¿Qué remedio le quedaba? —contestó.

—¿Cuándo iniciarán los pagos? —preguntó Müller.

—Un poco de calma, Brod. Antes tengo que saber si aceptan definitivamente.

—Pero usted me dijo…

—Yo me refería a transmitir la petición al gobierno.

Müller se mostró desilusionado.

—Creí que le habría dicho que sí —manifestó.

—Atkins era sólo un enviado del gobierno, no lo olvides. Él no puede decidir por sí solo. Pero, ¿verdad que Fyldoss nos desbrozó la mayor parte del camino?

—Eso es cierto —admitió Müller—. ¿Le han seguido?

—En absoluto. Además, dejé el coche relativamente lejos del lugar de la cita. Y, por otra parte, fui mucho antes, de modo que pareciese un ciudadano cualquiera.

Müller hizo un gesto de aprobación. Blain se dirigió hacia la puerta que conducía a los sótanos.

—Bueno, voy a ver si despierto a Sybila —dijo—. Tengo que hablar con ella.

Momentos después, estaba poniendo una inyección en el brazo de Sybila. La joven reaccionó un minuto más tarde.

Sybila abrió les ojos y trató de coordinar sus ideas. No tardó en recobrar la consciencia por completo.

—¿Qué tal? —sonrió Blain, sentándose a los pies del diván en que reposaba la joven—. ¿Se siente mejor?

—Viéndole a usted, me pongo enferma —dijo Sybila sin rodeos —. Pero de antemano le advierto una cosa: no conseguirá lo que desea.

—¿De veras? Munnery cedió muy fácilmente —rió Blain.

—No se lo reprocho. Pero yo soy muy distinta.

—Sí, ya me he dado cuenta que en los últimos tiempos se le han despertado los instintos belicosos. Ya no es la muchacha dulce y sensitiva que era hace algún tiempo…

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó ella.

—Recuerde, Sybila. Trabajábamos juntos.

—Está mintiendo. Miente —dijo ella en tono acusador.

—Pero, Sybila, ¿cómo puede decir…?

—Lo digo con pleno conocimiento de causa, porque usted no es el doctor Blain.

CAPÍTULO XVI

El hombre se levantó sonriendo.

—En cierta manera, ha dicho la verdad, pero, por otra parte, está equivocada, Sybila —dijo, después de un corto paseo por la estancia.

Ella se incorporó parcialmente y quedó apoyada en un codo.

—Usted no es Blain. Le ha suplantado. ¿Dónde está el doctor Horatio Blain?

—En primer lugar, dígame cómo sabe que yo no soy Horatio.

—Cuando mató a Fyldoss, usted estaba a seis o siete pasos de distancia de mí. Ahora le he visto mucho más cerca.

—¿Y…?

—El doctor Blain tenía una mancha bajo la oreja izquierda. Era una especie de lunar de un centímetro de diámetro por dos de largo, de forma ovalada y color algo más oscuro que la piel, sin llegar a ser negro.

—Tiene usted razón, Sybila —contestó el hombre—. Pero yo también me llamo Blain, aunque mi nombre es David.

Sybila abrió mucho los ojos.

—¡Un hermano gemelo de Horatio! —exclamó, comprendiendo en el acto.

—Así es —confirmó David Blain—. Horatio y yo éramos hermanos.

—¿Eran? Luego ha muerto.

—Sí.

Sybila se horrorizó.

—¡Lo ha matado usted! —exclamó.

—No. Siento contradecirla, pero no le quería tan mal como para darle muerte por mi mano —contestó Blain—. Sin embargo, debo admitir que, en cierto modo, sí fui la causa de su muerte.

—¿Qué le pasó?

—Un ataque cardíaco. Discutimos violentamente y…

—¿Por qué?

—Sus puntos de vista diferían de los míos.

—Él fue siempre un hombre honesto.

Blain se echó a reír.

—Y yo la oveja negra de la familia. Por eso no me mencionó jamás, ¿verdad?

Sybila le miró fijamente. Blain continuó:

—Sí, pensábamos de muy distintas maneras. Él era un idealista, un soñador… Y yo quería aprovecharme de su invento. Usted ya sabe que se había retirado, porque padecía una crisis moral.

—En efecto, así era —admitió Sybila.

—Sentí mucho su muerte, créame —dijo Blain—. Tengo mis defectillos, como todo el mundo, pero Horatio era mi hermano. Sin embargo, está ya muerto y eso es algo que no se puede remediar.

Sybila entrecerró los ojos.

—Usted sigue adelante con sus planes —dijo.

—Sí —respondió Blain, impertérrito.

—Pero, ¿de veras cree que el gobierno va a darle mil millones?

Blain soltó una estruendosa carcajada.

—¡Muchacha, no sea tonta! —contestó—. ¡Claro que el gobierno no pagará los mil millones! Serían tontos si lo hicieran.

—Le aseguro que no entiendo…

—Se siente desconcertada, ¿no? Verá, con el tiempo, la gente creerá, y yo me encargaré discretamente de divulgar la noticia, que el gobierno, si bien no ha pagado los mil millones, ha llegado a un acuerdo conmigo. Pero hay mucha gente rica; Fyldoss ya había obtenido fondos mediante un par de ataques con «blainyta-1». Y recordando estos sucesos y la claudicación del gobierno, aquél a quien yo amenace cederá en seguida. Tengo los pies bien asentados sobre el terreno; no soy como el imbécil de Fyldoss, que llegó a creer que acabaría obteniendo los mil millones.

Sybila le contempló admirada y horrorizada a un tiempo.

—Es usted un ser carente de conciencia —le apostrofó.

Blain se encogió de hombros.

—Cada uno tiene su forma de pensar —respondió—. Pero ahora usted y yo tenemos que hablar.

—¡No! —gritó ella, poniéndose en pie.

David Blain frunció el ceño.

—Sybila, usted hablará —aseguró.

—A menos que me torture…

—¡No sea estúpida! ¿Cree que torturé a los otros?

—Entonces usará alguna droga.

—Exactamente.

Sybila recordó su pelea con Fyldoss y las dos jeringuillas que había roto.

—Bien —dijo con calma—, empiece cuando quiera.

Blain sonrió.

—Celebro que se ponga en razón —manifestó.

—¿Puedo hacerle una pregunta, David? —solicitó ella.

—Por supuesto.

—¿Dónde tiene su cementerio particular?

Blain se puso serio.

—¡Sybila! ¿Por qué dice eso? —le reprochó.

—Porque yo y los otros cuatro prisioneros iremos a parar a ese cementerio, apenas conozca usted la fórmula de la «blainyta-6» —declaró Sybila en tono contundente.

Blain no dijo nada. Aquel silencio convenció a la joven de lo certero de sus palabras.

Los dos se miraron recíprocamente durante unos instantes. Luego, Blain se acercó a una mesita situada en un ángulo de la estancia y abrió la caja que había traído consigo y que contenía la jeringuilla con la droga narcótica.

* * *

Con las primeras luces del alba, Garth llegó junto a la casa y oteó a través de una ventana.

Había un tipo vestido de negro sentado en un sillón, hojeando una revista con aire distraído. Sin hacer ruido, Garth levantó el bastidor y lanzó una bolita a los pies del sujeto.

La bolita explotó sin apenas ruido. Una nube de gas se expandió

inmediatamente por la atmósfera. El hombre se puso en pie, manoteó un poco y se desplomó casi en el acto.

Garth pasó al interior de la casa. Llevaba en la mano una pistola, provista de silenciador.

Avanzó paso a paso. De pronto, un hombre apareció en una de las puertas del vestíbulo.

Müller contempló al intruso con ojos de asombro. Luego, velozmente, reaccionó y echó mano a su pistola, pero Garth fue mucho más rápido.

Müller se desplomó fulminado. Los disparos no habían hecho el menor ruido.

Garth divisó una puerta entreabierta al fondo y corrió hacia ella. Unas escaleras se perdían hacia abajo y descendió a la carrera.

Había más puertas. Garth titubeó.

En el mismo momento, Blain se acercaba a Sybila con la jeringuilla en la mano. Ella esperó a pie firme.

Por tercera vez, Sybila rompió una jeringuilla. Blain, colérico, la abofeteó.

Sybila cayó de espaldas, gritando involuntariamente. Su gritó pasó al otro lado de la puerta.

Blain lanzó una maldición.

—Tendré que preparar otra dosis —masculló.

—Lo dudo mucho —sonó la voz de Garth a espaldas suyas.

Sybila contempló al joven con ojos desorbitados.

—¡Wences!

—Hola, preciosa —sonrió Garth—. Creo que he llegado a tiempo, ¿no es así?

Hubo un momento de intenso silencio. Vuelto de espaldas a Garth, Blain dijo:

—Así que usted es Wenceslao Garth.

—Tengo el honor de llamarme como usted acaba de decir, doctor Horatio Blain.

—Se llama David —corrigió Sybila, ya en pie—. Era hermano gemelo de Horatio.

—¡Ah! —dijo Garth.

—Muchacho, ¿cómo ha conseguido llegar hasta aquí? Nadie me siguió ni me tendió una trampa…

Garth lanzó un profundo suspiro.

—Tuve que emplear lo menos cuarenta emisores de señales, los cuales, por supuesto, coloqué en otros tantos coches, situados relativamente cerca del parque. Después de las dos y media y antes de las tres, no iban a ser muchos los automóviles que se pusieran en marcha. Hubo uno que arrancó, aproximadamente, a las dos y dieciséis minutos.

—El mío —dijo Blain.

—En efecto.

Blain calló un instante. Luego dijo:

—Garth, no puedo tolerar que interfiera mis planes.

—Están destruidos ya por completo, Blain.

—¿Lo cree así?

—La respuesta es afirmativa, David.

Blain dejó la segunda jeringuilla sobre la mesa, con movimientos llenos de calma. De pronto, hizo un gesto rapidísimo.

Sybila chilló.

—¡Cuidado, Wences! ¡Va a sacar una pistola!

Garth saltó a un lado. El disparo de Blain encontró sólo el vacío.

Blain lanzó una horrible maldición. Quiso corregir la puntería, pero ya era tarde.

Sus rodillas se doblaron al recibir el impacto de la bala en pleno pecho. Osciló un poco hacia delante y atrás y, al fin, su cara se estrelló con sordo choque contra el duro pavimento de la estancia.

Garth guardó la pistola. Sybila corrió hacia él y le agarró por los hombros.

—¡Wences! —exclamó, con ojos muy abiertos.

Garth rodeó sus hombros con un brazo.

—Vamos —dijo—. Estás libre.

—Hay cuatro prisioneros…

—Los soltaremos, Sybila.

En la puerta de la habitación, Garth dijo:

—Ahora tendré que llamar a mi amigo Key. Debe saber lo ocurrido.

—Sí, Wences.

—Y después que hayamos acabado todos los trámites, tú y yo hablaremos de algo muy interesante.

Sybila sonrió.

—Lo que tú digas, Wences —aceptó.

—Una de las cosas que te pediré es que te olvides de la fórmula de la «blainyta-6».

—Empezaré a olvidarla ahora mismo —sonrió—. ¿Me dirás más cosas, Wences?

—Por supuesto, querida.

—¿No puedes anticiparme… el tema?

Garth se inclinó hacia ella. El anticipo fue hecho sin palabras.

FIN